4235

Joaquín Abati y José de Lucio

LA ESCENA FINAL

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ORÍGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1924

LA ESCENA FINAL

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JOAQUIN ABATI

Y

JOSÉ DE LUCIO

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL

el día 31 de enero de 1924.

MADRID
TIPOGRAFIA "FENIX"
Génova, 17 - Teléfono 772-J
1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILAGRITOS.....	María Bassó.
ENCARNACIÓN....	María Bri[illegible]
JUANITA.....	Mercedes Sampedro.
PEPITA	Angelita Vilar.
MATEA	María Hurtado.
RUPERTA.....	Mercedes Sampedro.
SEBASTIANA.....	Milagros G. Guijarro.
CHICA 1.ª.....	Isabel Alemany.
CHICA 2.ª.....	Concepción Piquer.
ALFREDO.....	Nicolás Navarro.
ANDRES.....	Pedro Sepúlveda.
CANDIDO.....	Salvador Mora.
PACO.....	José Calle.
CARALELA.....	Antonio Suárez.
VICTORINO.....	Pedro González.
GARLOS.....	José Gallardo.
BENITO.....	Rafael Acebal.
BALBINO	Pedro Valdivieso.
TELESFORO	Julián G. Valbuena.
TIO VINAGRE.....	Pedro González.
VICENTE.....	Rafael Acebal.
OBRERO 1.º	José Cabrero.
IDEM 2.º.....	Julián G. Valbuena.
IDEM 3.º.....	Antonio Queipo.
IDEM 4.º.....	Joaquín Campos.
MARIANO.....	Joaquín Romero.

Acotaciones del lado del actor

La acción del primer acto en Madrid.

La del 2.º y 3.º en un pueblo cualquiera de Castilla.

Los artistas Angelina Vilar y José Calle, han contribuido al éxito de la obra, encargandose de papeles inferiores a su categoría, por particular deferencia a los autores.

606557

ACTO PRIMERO

La escena representa el interior de una taberna clásica de los barrios bajos. Puerta de entrada al foro izquierda y otra que da a las habitaciones interiores, en el lateral derecho.. En este mismo lado, y perpendicular a la batería, va el mostrador, y delante, en primer término, una mesa. En el lado izquiedo, dos mesas más, una en primer término y otra en el fondo. Escaparate en el foro derecha. Banquetas, aparato de luz en el centro, botellas vacías, algunos frascos sobre el mostrador, etc. Los demás enseres propios de una taberna. Es invierno, y alrededor de las diez de la noche.

ESCENA PRIMERA

CARALELA, MARIANO, BENITO, CUATRO OBREROS

(Al levantarse el telón, Caralela, joven medidor de la taberna, con el mandil acostumbrado y una cara que justifica su apodo, está sirviendo unas copas a los cuatro obreros, que juegan al «mus» en la mesa de la izquierda. Mariano y Benito—otros dos jornaleros—, que están en posesión de una borrachera descomunal, ocupan la mesa de la derecha y tratan en vano de «arrancarse» por lo flamenco.)

OBRERO 1.° Oye, tú, Caralela, ¿pero qué es esto?

CARALELA ¿Qué va a ser? Vino.

OBRERO 1.° Si digo los dedalitos. *(Mostrando su vaso.)* Ca vez el precio es mayor y los vasos más chicos.

CARALELA *(Mostrando el frasco.)* Pero el frasco es más grande.

OBRERO 1.° ¡Hombre!... ¡Te daba así!...

OBRERO 2.° *(Riendo.)* Dice que el frasco es más grande... ¡Qué Caralela éste... tié unas salidas!...

OBRERO 1.° Lo que tiene es una nube en un ojo, ¡y claro!, siempre trae agua. Fíjate. *(Mirando el vaso al trasluz.)*

CARALELA *Suspizcacias.* Lo traemos direzto de Burdeos en paquetes postales... ¡conque usté verá!

OBRERO 1.° Pues se conoce que ha llovido un horror en el camino. *(Caralela vuelve al mostrador. Los obreros siguen jugando.)*

MARIANO *(En la otra mesa, imitando los trinos de los «cantaores».)* ¡Ay... aaa... ay... aaa... ay... ayayay... ay!

BENITO Que no das, Mariano... que no es esa la salida del Postigo. Fíjate. ¡Eeee... ey... ey... eyeyey... eyeyé... eeee!...

MARIANO ¡Arrea!... Tú es que estás borracho.

BENITO Yo es que tengo mal la *laringue*... ¡pero distingo!... y eso que haces tú, no es la salida del Postigo.

MARIANO ¡Maldita sea!... ¿Que no es ésta la salida del Postigo?... ¡Aaa... ay... ayayay... aaa... ai... iiiiii!...

BENITO Esa es la salida de un túnel. *(Continúan ensayando más bajo.)*

OBRERO 1.° *(Dejando de jugar.)* ¡Que sobran, hombre! Pero sin contar...

OBRERO 2.° ¿De dónde?

OBRERO 1.° De jugar al mus. *(Mostrando sus cartas y las de su compañero, que está enfrente.)* Tres de envite a chica, las medias de éste

y treinta y una y treinta y una... ¡a ver si no sobra un carro!

OBRERO 2.° Es verdad.

OBRERO 1.° Y ya sabéis que se dan lecciones.

OBRERO 2.° ¡Miá si éste no os habiá regalao esos dos juegos!

OBRERO 3.° ¿Yo?

OBRERO 2.° ¡Malo... Que no sabéis ni tenerlas en la mano.

OBRERO 1.° *(Llamando a Caralela.)* Bueno, niño, ¿a ver qué deben éstos?

CARALELA Pues ocho rondas, a treinta... dos cuarenta.

OBRERO 3.° *(Al Obrero 2.°.)* Tú, a una veinte.

OBRERO 2.° Está bien. *(A Caralela.)* Espérate un poco, niño, que voy a consultar mis apuntes. *(Caralela vuelve al mostrador. El Obrero 2.° se agacha y mira la pata de la mesa, donde hay unas rayas hechas con tiza.)*

OBRERO 1.° ¿Qué haces?

OBRERO 2.° Nada; comprobar lo de las ocho rondas. Yo, por si acaso, a cada copa que me tomo, hago una raya, en esta pata, con tiza.

OBRERO 1.° ¡Hombre, está bien!... Pero lo que es algún sábado...

OBRERO 2.° Algún sábado se me ha acabao la pata y he tenido que seguir marcando en el entarimao...; pero nunca he llegao hasta la puerta.

OBRERO 3.° Bueno, no hables tanto y sufraga. Que a una veinte.

OBRERO 2.° ¡Rediez, qué prisa! No me voy a ir sin apoquinar. *(Va a sacar el dinero y se le caen varias perras.)* ¡Mi madre!

OBRERO 3.° ¡Arrea!

OBRERO 1.° ¿Qué pasa? *(Ríen todos.)*

BENITO *(A Mariano.)* Oye, que hay bautizo.

OBRERO 2.° ¡Quieto to el mundo! Al que se agache le doy un banquetazo...

BENITO *(A Mariano.)* Como en el cine. ¡Manos arriba!

OBRERO 2.° ¡Maldita sea, hombre!... ¡Que me falta una gorda!... ¿Quién se ha agachao?

OBRERO 1.° ¡Amos, anda... nadie!

OBRERO 2.° Pues me falta una gorda. *(Sigue buscando.)*

ESCENA II

DICHOS y dos MUCHACHAS

(Entran por el foro dos jovencitas. Una de ellas con una botella.)

MUCHACHA 1.ª A ver, tú, Caralela, ponme cuarenta de tinto.

CARALELA Deseguida.

OBRERO 2.° ¡Que no la encuentro!

BENITO Oiga, amigo: ahí tié usté la gorda. *(Señalando a las muchachas.)*

OBRERO 2.° ¿Dónde?

BENITO Fíjese. No es una gorda; pero son dos chicas... Pa el caso, igual.

OBRERO 2.° *(Yendo hacia él.)* ¡Ay, su madre!

OBRERO 1.° *(Conteniéndole.)* ¡Pero Felipe!

OBRERO 3.° ¡Amos, déjale!

OBRERO 4.° Mira dónde está la perra.

OBRERO 2.° Trae acá. Me había asustao. *(Vuelve a sentarse.)*

CARALELA Ahí va el vino.

MUCHACHA 1.ª Me ha dicho mi padre que te cobres los cuarenta y que me des la vuelta de una peseta.

CARALELA ¿De qué peseta?

MUCHACHA 1.ª De una que te traerá en cuanto eche a trabajar.

CARALELA ¡Ah!... ¿Sí?

MUCHACHA 1.ª Es que ahora está parao.

CARALELA Pues que le den cuerda. Trae la botella. *(Se la quita y echa el vino en un frasco.)*

MUCHACHA 2.ª ¿Pero qué hace ese idiota?

CARALELA *(Devolviéndole la botella, vacía.)* Le dices a

tu padre que el vino no te lo puedo dar; pero que te daré la vuelta. *(La coge por los hombros, la hace dar media vuelta y la empuja hacia la calle.)* Toma y... ¡arza pa la calle!

MUCHACHA 1.ª ¡So charrán!... ¡So cerdo!

MUCHACHA 2.ª ¡Déjale, que está sin bozal!

MUCHACHA 1.ª ¡Ahora bajará mi padre! *(Mutis foro.)*

CARALELA ¡Arza de ahí! ¡Husorias!... ¿Conque a dármela a mí?... ¡Pues no se tié que juntar gente! *(Vuelve al mostrador.)*

MARIANO Calla, que ya...

BENITO ¿Que ya qué?...

MARIANO Que ya he dao con la salida del Postigo. *(Volviendo al cante flamenco.)* ¡Aaa... ay... ayayay... iiii!...

BENITO Que no es eso, Mariano, que no es eso... vámonos. *(A Caralela.)* Toma tú. *(Le da unas monedas.)*

MARIANO ¡Aaa... ay... ayayay... ay... aaa!...

BENITO ¡Que no das con la salida, Mariano, que no das. *(Tambaleándose, se dirigen hacia el foro.)*

MARIANO ¡Aaaa... aaa... aaay!...

BENITO Que no das con la salida. *(Dice esto ante la puerta del foro, que no aciertan a enfilar.)*

MARIANO No, ni tú tampoco.

BENITO ¡Amos, anda ya! *(Le da un violento empellón y Mariano sale a la calle.)* ¡Trabajillo me ha costao, pero el que ha dado con la salida he sío yo! ¡Aaaay... aaa... ay! *(Sale también.)*

ESCENA III

DICHOS, menos BENITO y MARIANO

(Los cuatro obreros han estado discutiendo en voz baja durante lo anterior.)

OBRERO 1.° Que yo no entiendo esa cuenta, Felipe.

OBRERO 2.° ¡Pero hombre, si es la mar de fácil!... Son habas contadas.

OBRERO 1.° Serán habas contadas, pero no la entiendo.

OBRERO 2.° Fíjate. Yo te debo a tí dos duros, ¿no es eso?

OBRERO 1.° Eso.

OBRERO 2.° De la castañada de que tú le debes también dos duros a éste (*Por el obrero 3.°.*), y éste me los debe a mí, ¿no es eso?

OBRERO 1.° Eso. De cuando aquello de la lotería.

OBRERO 2.° Bueno, pues ahora verás. Yo, aparte del gasto de hoy y algunas perras, no tengo más que este duro. (*Mostrando uno.*) Tómale (*Se lo da.*), y como te debía dos, te quedo debiendo uno nada más. ¿Está claro?

OBRERO 1.° Clarísimo.

OBRERO 2.° Ahora, dale el duro a éste. (*Por el Obrero 3.°*).

OBRERO 1.° (*Dándole el duro al Obrero 3.°*) Toma.

OBRERO 2.° Y como le debías dos, le quedas debiendo uno. ¿Comprendes?

OBRERO 1.° Comprendo.

OBRERO 2.° Ahora éste (*Por el 3.°*) me paga el duro a mí (*Se lo coge.*) y me debe otro.

OBRERO 2.° Y ahora, como yo había quedao debiéndote uno, te le doy (*Lo hace.*) y estamos en paz.

OBRERO 1.° ¡Qué vamos a estar!... Eso sí que no lo entiendo... que con un duro pagues dos... ¡Amos, que no pué ser!

OBRERO 2.° ¡Pero so troncho! ¿Te he dao antes un duro, sí o no?

OBRERO 1.° Sí.

OBRERO 2.° ¿No te doy ahora otro?

OBRERO 1.° Sí.

OBRERO 2.° Pues son dos.

OBRERO 1.° Pues no son dos, porque me das el mismo de antes.

OBRERO 2.° ¿Y eso qué tié que ver? El primero era el mío, y el segundo, el que me ha pagao éste... Son resultaos de la circulación monetaria... ¡Matemáticas, señor!

OBRERO 1.° ¿Entonces, si yo se le doy a éste *(Por el 3.°)*, quedo en paz, y si éste te le da a tí también?

OBRERO 2.° ¡Natural!

OBRERO 1.° ¿Y resulta que con un duro hemos pagao seis?

OBRERO 2.° ¡Matemáticas, señor!

OBRERO 1.° ¡Amos, que no! ¡Que no me hacen a mí esas matemáticas tan raras!

OBRERO 3.° Ni a mí.

OBRERO 2.° Porque sois unos mendrugos. Ahora veréis. *(Llamando al medidor.)* Caralela...

CARALELA *(Acudiendo.)* ¿Qué quié usté?

OBRERO 2.° ¿Tú entiendes bien de números?

CARALELA Es mi especialidá. Como que he estao dos años marcando los tantos en el Frontón. No le digo a usté más.

OBRERO 2.° Bueno, pues cóbrate las dos cuarenta *(Se las da.)*, y ayúdanos a resolver aquí un problema matemático, que éstos no entienden, y son habas contás, ya lo veréis. Fíjate y juzga. Yo le debo dos duros a Eleuterio, ¿sabes?

CARALELA Bien.

OBRERO 2.° Le pago uno *(Dándosele.)*, como éste, y le quedo debiendo otro. ¿No es eso?

CARALELA No, señor.

OBRERO 2.° ¿Cómo que no?

CARALELA Que no señor, porque está mal presentao el problema.

OBRERO 2.° ¡Caray! ¿Por qué?...

CARALELA Fíjese. *(Al Obrero 1.°.)* Haga el favor del duro. *(Le toma.)* *(Al Obrero 2.°)* Usté le debe dos duros a éste, ¿verdad?

OBRERO 2.° Sí.

CARALELA Pero como éste me debe a mí del sábado

pasao siete pesetas, de aquel potaje con habas y chorizo, que tomaron ustés, y vinos accesorios, me quedo con el duro *(Se lo guarda.)*, y me sigue debiendo dos pesetas. *(Se vuelve al mostrador.)*

OBRERO 2.° ¡Arrea!

OBRERO 1.° ¡Nos ha chafao el perito!

OBRERO 2.° ¡Pero veis como yo os decía que eran habas contás?

OBRERO 4.° ¡Rediez con las habas! Se me habían olvidao.

OBRERO 2.° Ahora, que esto de que sea yo el que las pague con mi duro...

OBRERO 1.° ¿Qué ha de ser tu duro, si me le habías pagao a mí?

OBRERO 2.° Sí, claro... pero como tú no le querías tomos, que no lo entiendo...

OBRERO 1.° ¡Matemáticas, señor! Y vámonos. *(Se levantan.)*

OBRERO 3.° ¿Entonces, yo no te debo más que un duro? *(Al 2.°).*

OBRERO 2.° ¿Cómo un duro? Dos.

OBRERO 3.° Si te pagué uno...

OBRERO 2.° Pero yo se le dí a éste. *(Por el 1.°).*

OBRERO 1.° ¿Y qué tié que ver? ¡Si se le llevó el chico!...

OBRERO 3.° ¡Madre, qué lío!

OBRERO 2.° ¡Pero qué va a ser lío!... Un duro que yo te dí.

OBRERO 1.° Otro que le pagué a éste...

OBRERO 3.° Otro que te dí yo a tí... *(Vanse discutiendo acaloradamente.)*

ESCENA IV

MATEA, PACO y CARALELA

(Durante esta escena, Caralela entra y sale varias veces ocupado en traer y llevar botellas o frascos de vino.)

PACO (*Por la derecha, seguido de Matea.*) Pero mujer, después de to, en la carta no dice más, sino que viene a hablarme de un asunto... ¿Qué sabemos de lo que se trata?

MATEA ¿Pero no hemos de saberlo?... O, por lo menos, yo ya lo sé... a pedirte dinero. ¿A qué va a venir sino?

PACO ¡Pobre hermana!

MATEA Sí, pobrecilla... ¡Que hubiera mirao antes lo que se hacía! Cuando su difunto era médico de fama y ganaba el dinero a espuertas, mucho señorío, mucho postinazo y mucha fanfarronería, y ahora, cuando les viene la mala, es cuando se acuerdan de la familia.

PACO Eso no, que de mí se han acordao siempre y en épocas difíciles pa nosotros, que me obligaron a recurrir a ellos, les encontré.

MATEA ¿Y qué te han dao? ¿Millones?

PACO Millones, no. Lo que les pedí.

MATEA ¡Miseria, y na más que miseria! A ver si no hemos andao siempre a la cuarta pregunta hasta que mi tío Tomás me dejó a mí... a mí, ¿lo oyes?, esta taberna.

PACO Está bien.

MATEA Además, que si tus hermanos te ayudaron con algo, las contás veces que hayan sido, no fué por cariño a tí ni a los tuyos, sino porque en su vida de despilfarro, ¿qué más les daban unas pesetas más o menos?

PACO ¡No, Matea, no tiés derecho pa hablar así!

MATEA ¿Pero es que tú no crees que si no hubián tirao de esa manera, ese hombre ha podido dejarles un buen capitalito?

PACO Si no hubieran tirao y si no hubieran socorrido.

MATEA Pero no a nosotros solos, ¡a too el mundo! Y, además, que él ganaba el dinero muy fácilmente; por eso le tiraba así. ¡Visitando enfermos! ¡Miusté que la cosa tiene

ciencia! ¡Si hubiá tenido que pasarse la vida detrás de un mostrador, no habría sido tan manirroto!

PACO — Eso no quita pa que yo tenga que estar agradecido a mi hermana.

MATEA — Pues se lo estás, pero se acabó. Porque soñar con que vayamos a darles dinero, sería cosa de idiotas. Ni cinco, ni diez, ni veinte, les van a sacar a ellos de la situación en que han caído, y, en cambio, podrían arrastrarnos a nosotros Dios sabe a qué. ¡Y eso sí que no! ¡Que nosotros estamos solos en el mundo, y si el día de mañana nos ocurriera una desgracia, ya verías de lo que te iba a servir la familia!

PACO — *(Con tristeza.)* De lo que les sirve a ellos, es verdad.

MATEA — ¡Pues buena es la gente!

PACO — Ya, ya lo veo.

MATEA — Y que no vamos a pagar nosotros la falta de cabeza de tu cuñao.

PACO — ¡Mujer!...

MATEA — ¡Natural! A ver si no es de pensar con las suelas la educación que les ha dao a sus hijos. Mucho francés, muchas labores, mucha música... to eso que no vale pa na... y, en cambio, ni un mal oficio, que ahora les hubiá servido pa poder salir adelante sin necesidad de haber tenido que agarrarse a que un señor les ponga una casa de huéspedes, ¡a saber con qué intenciones!

PACO — ¡Cállate, Matea, cállate, que me estás quemando la sangre!

MATEA — ¡Ay, hijo, pues lo siento, pero es la verdad! El señor Vitorino es hombre rico, tiene fama de mujeriego... tu sobrina, la mayor, debe seguir siendo guapa...

PACO — ¡Te digo que te calles, mala pécora!... ¡Mira que no respondo de mí!

MATEA — ¿Pero es que vas a pegarme?

PACO — No quisiera.

MATEA — ¡Qué gracioso!

PACO — Pero respeta a mi hermana, que es una señora.

MATEA — Una señora arruiná.

PACO — Todo lo arruiná que tú quieras, pero muy decente.

MATEA — ¡Pues mejor pa ella! Pero lo que es de lo mío, de lo que hay aquí, que ya sabes que to es mío, no sale un duro pa esa gente. Les das lo que trajiste tú cuando nos casamos, conversación.

PACO — ¡Déjame, déjame!... y vete... haz el favor.

MATEA — Sí, me voy... y dispensa si no bajo a saludarla... pero es que no estoy hoy pa murgas. *(Vase por la derecha.)*

PACO — ¡Maldita sea!... ¿Pero en qué día se me ocurrió a mí casarme con esta mujer?

CARALELA — Pa mí que fué un martes, señor Paco.

PACO — A tí, cuando te pregunten.

CARALELA — Sí, señor.

PACO — Y mucho cuidao con lo que se habla, no vaya a ser que te agarre por el fondillo de los calzones y te plante en mitá de la calle.

CARALELA — Sí, señor.

PACO — ¡Pues hombre!... ¡No faltaba más! *(Mutis derecha.)*

CARALELA — Está bien, hombre. ¡Qué bien hace el tigre... y es un borrego!

ESCENA V

PEPITA, ALFREDO, CANDIDO, CARALELA

(Entran por el foro Pepita, Alfredo, Cándido y Vicente. Ella es una muchacha joven y muy bonita. Vicente se acerca a los sesenta. Cándido y Alfredo no están muy lejos de los cincuenta, aun cuando el últi-

mo representa menos edad por su aspecto gallardo y varonil. Pepita viste de manión y pañuelo a la cabeza, y los hombres con gorras y blusas, queriendo representar que son obreros. Sin embargo, por lo flamante de sus trajes, adquiridos para el objeto, por su manera de conducirse y por algún detalle más, se advierte que aquellas vestimentas son en ellos disfraces. Pepita no ha prescindido de sus alhajas, y Cándido usa monóculo y guantes.)

ALFREDO — Vamos entrando.

CANDIDO — Penetre, señá Pepa.

PEPITA — ¡Vamos, tú!

VICENTE — *(A Pepita.)* ¡Chica qué tugurio!

ALFREDO — *(A los demás.)* Nos sentaremos. *(A Caralela.)* Buenas noches.

CARALELA — Muy buenas.

VICENTE — Eso sí, que yo estoy que no puedo dar un paso más. *(Se dirigen a la mesa de la izquierda alrededor de la cual toman asiento.)*

PEPITA — Ah, pues yo, encantada.

VICENTE — ¡Dichosa tú, hija!

ALFREDO — ¿Qué me decís de este nuevo Casino popular?

CANDIDO — Que cada vez nos llevas a un sitio más indecente. ¡Qué mesas y qué comodidad de asientos! *(Al sentarse da un salto.)* ¡Mecachis!

PEPITA — ¿Qué pasa?

CANDIDO — Que hay un clavo y me he roto el pantalón. *(Los demás se ríen.)*

ALFREDO — ¿Qué creías, que te ibas a encontrar aquí con silloncitos Luis Quince?

CANDIDO — Hombre, no; pero si es que éstos son Luis Candelas... ¡qué ladrones!

PEPITA — Pues yo estoy pasando una noche deliciosa. Lo que me preocupa es que no sé si vamos bien disfrazados...

ALFREDO — Malísimamente. Parecemos tres trabajadores...

CANDIDO — ¡Una dama de las Camelias de a perra gorda.

VICENTE — Yo lo que no veo es la razón de no venir con nuestros trajes.

ALFREDO — Pues que llamaríamos la atención, y al mirarnos con desconfianza, perderíamos la espontaneidad de estas gentes.

CANDIDO — No hay que parecer exótico, señor mío.

ALFREDO — Bien; pero no seas imbécil y quítate el monocle, que no es artefacto de trabajadores.

CANDIDO — ¡Caray... la fuerza de la costumbre!

CARALELA — *(Acercándose a la mesa.)* Ustés dirán.

ALFREDO — ¿Qué queréis?

CANDIDO — A mí me vas a traer una zurcidora.

CARALELA — *(Sin inmutarse y muy chulo.)* Se han acabao.

CANDIDO — Pues hilo negro.

CARALELA — *(Acercando su cara a la de Cándido.)* ¡Miau!

CANDIDO — No se incomode el felino.

ALFREDO — Bueno, no seas majadero y pide.

CANDIDO — El caso es que no sé qué tomar.

PEPITA — A mí tráeme un *wiski and soda.*

CANDIDO — Bueno, pues a mí un *Cocktail de Cora.*

VICENTE — Yo, una copita de Cointreau. *(Dígase Cuantró.)*

CARALELA — *(Que les ha escuchado muy escamado.)* ¿Quedráu ustés también unas aleluyas y un colador?

CANDIDO — Oye, niño...

CARALELA — Pa camelitos, mangue.

ALFREDO — Perdona, hombre, ha sido una broma. Tráete cuatro de tinto con seltz.

CARALELA — ¿Ve usté? Eso ya es ponerse en razón. *(Va hacia el mostrador.)* ¡A mí con coplitas!

CANDIDO — Esta criatura es idiota.

ALFREDO — No, señor; la culpa es vuestra. ¿A quién se le ocurre pedir eso aquí?

PEPITA — Es verdad.

ALFREDO — Figuráos el efecto que causaríais en el Hotel Ritz diciendo al *maitre:* «Oiga, tío Pastiri, tres medios chicos y una madalena».

PEPITA — Hemos metido la patita.

VICENTE — *(A Alfredo.)* Yo no sé qué atractivo encuentras tú en estas excursiones.

CANDIDO — Este lo hace por copiar tipos para sus comedias.

ALFREDO — Algo hay de eso.

VICENTE — Pues yo leería lo que se ha escrito sobre cada cosa, que no lo dudéis, es mucho más cómodo y más regocijado que lo que llevamos visto.

PEPITA — Tú eres un rutinario. Yo te aseguro, Alfredo, que no será esta la última noche que te acompañe.

CARALELA — *(Acercándose con una bandeja y los vasos de vino y el sifón.)* Las copas. *(Las sirve.)* Y el sifón. *(Oprime el muelle y lanza intencionadamente un chorro sobre Cándido.)*

CANDIDO — ¡Pero chico!

CARALELA — Usté disimule.

CANDIDO — *(Limpiándose.)* ¿Que usté disimule?... Usté se compre otro pantalón, querrás decir...

ALFREDO — Bueno, bueno... está bien, pollo.

CARALELA — *(Retirándose con la bandeja.)* Pa mí que son apaches.

VICENTE — *(A Pepita.)* ¿Pero vas a beber esa porquería?

PEPITA — ¡Ay, hijo, qué delicado eres! Cuando se va a un sitio hay que hacer lo que hagan.

CANDIDO — Eso no, porque aquí lo que hacen es emborracharse.

PEPITA — Pues me emborracho, ¿y qué? Brindemos por tu próximo éxito, Alfredo.

CANDIDO — ¿Amoroso o literario?

PEPITA — Por los dos a la vez.

ALFREDO — Como queráis.

PEPITA — ¿No chocará que choquemos?

ALFREDO — Con la parroquia que hay...

PEPITA — Pues choquemos. *(Lo hacen y beben Pepita y Alfredo. Los otros dos se llevan el vaso a los labios, pero no prueban el vino.)*

CARALELA — *(Desde el mostrador.)* Esto está mascao ¡Claro que son apaches! ¡Si el que a mí me la dé!... ¡Me llaman Caralela, pero, menudo vivales estoy!... ¡Lo que tiene la apacha son unos ojos que ca vez que me enfoca me hace un agujero en el mandil!

VICENTE — ¿De modo que todos los tipos populares de tus comedias, son reflejo de los que encontraste en estas divertidas excursiones?

ALFREDO — Unos sí y otros no. Claro es que el ambiente y la observación de los individuos que concurren a estos lugares me han sugerido ideas y me han facilitado elementos para mi labor, pero no es esto lo que más me inclina a estas andanzas.

VICENTE — ¿No?

PEPITA — ¿Entonces qué es?

ALFREDO — Mi espíritu inquieto y mi afán de aventuras.

VICENTE — Caramba...

PEPITA — ¿Pero es que aquí hay aventuras?

ALFREDO — ¡Ya lo creo!

CANDIDO — Pues hasta ahora no hemos visto nada extraordinario. Como no sea lo de mi pantalón...

VICENTE — Y eso que el programa ha sido vastísimo

CANDIDO — Pero de lo más basto. Nos has llevado a cenar a un tabernucho innoble.

ALFREDO — Donde habéis cenado muy bien.

PEPITA — Eso es verdad.

CANDIDO — ¡Pero con qué servicio! ¡Dos servilletas para los cuatro!

VICENTE — Los vasos servidos con los dedos dentro...

CANDIDO — [illegible]se arse, que cuando ésta le dijo al mo- [illegible] que le parecía que las judías estaban [illegible]o sosas...

PEPITA — (*Riendo al recordarlo.*) ¡Ay, qué gracia!

CANDIDO — Graciosísimo! Le contestó el hombre, es- [illegible]zándose en aparecer amable: «Me extra- [illegible]». Y sin más preámbulo, le cogió la cu- [illegible] a Pepita, la metió en su plato, se la llevó a los labios, paladeó y dijo: «Voy a [illegible] el salero. ¡Hombre, por Dios!»

ALFREDO — ¡Eso es democracia!

VICENTE — ¡Eso es una cochinería!

CANDIDO — Luego hemos recorrido cinco o seis tupis [illegible]cho o diez antros como éste, y chico, yo no he visto ni asomo de aventura por ninguna parte.

ALFREDO — Es que para ver hay que saber mirar. Ade- más, que el viaje de hoy ha sido de ex- ploración, y las aventuras se suelen pre- sentar cuando el aventurero va solo.

VICENTE — ¿Y qué haces? ¿Consuelas a las viudas? ¿Desfaces entuertos?

PEPITA — Alguna chapucilla de faldas también...

ALFREDO — De todo hice, porque la gama es varia. Lo mismo he presenciado casos de honda emo- ción y de ternura, que otros de franca jo- cosidad. Lances tiernos, desagradables y hasta voluptuosos. A veces, con unas pese- tas, alivié una gran desgracia; otras, con unos duros, evité un crimen, y otras tam- bién, con un buen consejo y lo necesario para ahuyentar la miseria del momento, impedí que cayera en el deshonor alguna familia honrada.

CANDIDO — Pero fijarse, todo a base de pesetas.

PEPITA — Chico, eres el ideal de cualquier mujer. Rico, simpático y generoso.

CANDIDO — ¡Lo que es soltando el dinero, es facilísi- mo solucionar conflictos!

PEPITA — Bueno; pero con lo mujeriego que tú eres, ¿de señoras, nada?

ALFREDO — Lo he dejado para el final deliberadamente, por tratarse del punto más agradable. En estos sitios me han salido varias combinaciones ¡estupendísimas!

PEPITA — ¡Ah, granuja! No todo es romanticismo.

ALFREDO — ¡Más romanticismo que proteger señoras!... Porque ya os figuradéis que todas estas conquistas...

CANDIDO — No te esfuerces. El imán de tu cartera.

ALFREDO — Es lógico.

CANDIDO — En una de estas trapisondas conociste a la Andrea, ¿no?

ALFREDO — Y a Romualdita, hoy la Nelva rusa, y aquella otra chica mecanógrafa...

PEPITA — Oye, ¿y por qué no dejas ya de catar caldos y te fijas en una mujer?

ALFREDO — Pues por eso, porque me fijo... y veo que no me conviene. *(Ríen todos.)*

CANDIDO — En eso tienes razón. Antes que casarse, pegarse un tiro.

ESCENA VI

DICHOS, RUPERTA y el Señor BALBINO

(Balbino es un viejecito de unos setenta y cinco años, que viste curiosamente, pero conforme a su época de pasada juventud. Lleva cuello bajo y vistosa y rancia corbata, con un alfilerillo de poco valor, pero estrepitoso; su cadena de plata para el reloj y alguna sortijilla. Usa capa, pero no se emboza nunca. Su carácter es agradable y trata con afecto a todo el mundo, incluso a Ruperta, aun cuando a ésta a veces le impone su voluntad con relativa ener-

gía, pero nunca con despotismo. La señora Ruperta es una pobre mujer de cerca de sesenta años; viste mantón ramploncillo y trae un capacho en la mano. Va menos curiosa que su esposo, y le guarda a éste un respeto exagerado, hijo del cariño, no del temor, esto es, que le lleva la corriente en todo para no incomodarle. El señor Balbino trae una borrachera tan respetable como la resignación de su esposa. Entran por el foro.)

BALBINO — Felices noches, señores.

RUPERTA — *(Siguiéndole.)* ¿Pero por qué entramos aquí?

BALBINO — ¡Chst! Ruperta, guarda las distancias. *(Ruperta se separa un poco de él.)*

BALBINO — *(Cantando bajo.)* «¡No puedo vivir sin tí!» «¡Sin tí vivir ya no puedo!»

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Callarse y fijáos en estos dos tipos.

BALBINO — *(Acercándose al mostrador.)* Hola, Caralelilla..., ponme media de Cazalla. *(Cantando.)* Y anda, date prisa, que estoy esperando... ¡chas! ¡chas!

ALFREDO — ¡Vaya si es notable la parejita esta!

PEPITA — El vejete es simpatiquísimo.

BALBINO — *(A Caralela, que no le hace caso.)* ¿No has oído que me pongas media de Cazalla?

CARALELA — Sí, señor Balbino; pero se ha acabao el Cazalla.

BALBINO — ¡Qué le vamos a hacer! Ponme Chinchón.

CARALELA — También se ha acabao el Chinchón.

BALBINO — Vaya, pues ponme...

CARALELA — No le pongo a usté nada, señor Balbino, que hoy viene usté muy cargao.

BALBINO — ¿Qué manera de tratar a la parroquia es esa?

RUPERTA — ¡Pero si lo hace por tu bien!

BALBINO — ¡Chist!... Ruperta, guarda las distancias. *(A Caralela.)* Fíjate, Caralela, que yo no

estoy borracho..., que no estoy más que emocionao. Anda, un vasito de blanco y te canto «El Relicario». *(Cantando.)* Pisa, morena...

CARALELA ¡Que no se bebe más hoy!

BALBINO Está bien, hombre, está bien. No se beberá aquí, pero yo bebo. En la calle del Aguila está el señor Ponciano, y ese es considerao, y sabe tratar, y a mí me despacha... ¡digo!... ¡a mí!... a Balbino Pedregal... ¡je, je, je!... *(Cantando.)* Ni que quieras, ni que no, me he de salir con mi gusto... *(Jaleándose.)* ¡Ole ahí, don Justo!

CARALELA Ande a dormir, ande a dormir, que se trae usté la reina del Cantábrico.

BALBINO Oye, niño, has de saber que yo no bebo para emborracharme, que yo bebo para ahogar mis penas.

CARALELA Hace quince años que está usté ahogando las penas, y nunca lo consigue.

BALBINO Es que saben nadar. ¡Pero yo borracho!... ¡Eso nunca!... Si a mí me respeta la bebida. Como me destetaron con Monóvar...

CARALELA ¿Pero qué dice usté?

BALBINO Que mi padre vendía entonces aguardientes al por mayor, y claro...

CARALELA Y claro, usté se los está bebiendo, ahora, al por menor.

BALBINO Bueno, ¿qué?... ¿No te conmueves?

CARALELA ¡Que no se bebe más, he dicho!

RUPERTA ¡Pero Balbino, que va a ser tu perdición!

BALBINO Ruperta, guarda las distancias.

RUPERTA Pero si no es por mí, si es que vas a enfadar a tu padre; que ayer, cuando fuí por la ayuda que nos pasa pa el cuarto, me dijo que, o dejabas de beber, o no volvería a entregarnos ni un real.

BALBINO ¡Chocheces!

RUPERTA Y dijo también, que era una lástima, con

las condiciones que tú tienes, ¡que aún no hayas acabado el grado de bachiller!

BALBINO ¡Bah!

RUPERTA ¡Y todo por la bebida!... El pobre hombre, al decirme esto, se enternecía de una forma que a mí me hizo llorar. Y yo le prometí que te enmendarías; y te enmendarás, ¿verdad, Balbinito?

BALBINO No, rica.

CARALELA ¡Pero qué va a enmendarse, si el rato que no está bebiendo... es porque está pensando dónde va ir a beber!

BALBINO ¿Te debo algo?

CARALELA A mí, no señor; pero que yo les estimo a ustés y me da coraje ver lo poco que se preocupa usté de su porvenir. ¡Que esto de vivir sin trabajar se acaba! No sé lo que va a hacer usté el día que se le muera su padre.

BALBINO Oye, tú, que yo sé trabajar, que he trabajao. Yo he sido tres meses director gerente...

CARALELA De un puesto de castañas.

BALBINO Sí; pero... ¡qué castañas!...

CARALELA Ande, ande a dormir.

BALBINO *(Al pasar ante la mesa de Alfredo y sus amigos.)* Ustedes perdonen... son cuestiones de familia... *(Señalando a Ruperta y confidencialmente.)* Era mi criada y me casé con ella... floja de principios, pero buena mujer. *(Se dirige hacia el foro, cantando.)* «Compañera, compañera; compañerita del alma...»

RUPERTA *(Acercándose, a su vez, lo mismo que Balbino.)* Ustés le disimulen, porque aunque le gusta la bebida, es un caballero.

ALFREDO Ya lo hemos visto.

RUPERTA Muy buenas.

BALBINO *(Cantando.)* «Yo me subí a la Giralda...» *(Da un traspiés.)*

RUPERTA ¡Que te vas a caer!

BALBINO *(Rechazándola.)* ¡No me tropieces, tú, y guarda las distancias!

RUPERTA Anda, hijo, anda.

BALBINO *(Cantando.)*

«Estoy perdiendo el sentío.
Cuando estoy contento, lloro;
cuando estoy triste, me río.»

(Vanse los dos por el foro, cerrando ella la puerta.)

ESCENA VII

DICHOS, menos RUPERTA y BALBINO

PEPITA *(Riendo.)* ¡Vaya un vejete simpático!

CANDIDO ¿Pues y la señora?

ALFREDO Los dos son graciosísimos. ¿Veis cómo salen tipos notables?

CANDIDO Hombre, tipos, claro está, pero aventuras...

ALFREDO Paciencia.

PEPITA Dime, Alfredo, que me intriga mucho, ¿por qué tienes ese concepto tan malo de las mujeres?

ALFREDO ¿Yo? De ninguna manera.

PEPITA Cuando dices que es un disparate supeditarse a una sola...

ALFREDO No, perdona. Mi espíritu es amplio; quizá por eso o porque aún no encontré esa mujer ideal, que lo es todo para el hombre, y tiene la virtud de borrar a las demás, es por lo que dije que para mí sería un disparate supeditarse a una sola, pero *para mí*. Porque yo os aseguro que la misma alegría que tuve al conocer mi primera amistad, y la idéntica indiferencia que me produjo su separación, se me han ido renovando de una en otra, y cuando por casualidad alguna vez creí perder tal o cual atractivo de una de ellas, vino en seguida

la siguiente a demostrarme que en esta vida siempre hay mejor. *(Ríe.)*

PEPITA — Eso es que no has querido aún a ninguna mujer.

ALFREDO — No sé, hija; pero te garantizo que me gustan todas.

CANDIDO — Haces bien; pero nada de casorio. Yo, repito que antes que casarme me pegaba un tiro.

ESCENA VIII

DICHOS, MILAGRITOS y ENCARNACION

(Milagritos es una muchacha de veinte años escasos y muy bonita. Viste de luto, con sencillez y modestia, pero sin cursilería. Encarnación va también de negro, como su hija. Representa unos cuarenta años, tiene un buen ver, y es de aspecto simpático y agradable. Milagritos entra desolada y lloriqueando.)

ENCARNACION — *(Por el foro seguida de Milagritos.)* ¡Tranquilízate ya de una vez y ten serenidad, que con lloriqueos no se consigue nada!

MILAGROS — ¡No puedo, no puedo! *(Llora.)*

ENCARNACION — ¡Pues sí!

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Fijarse, fijarse... empiezo a olfatear la aventurilla.

PEPITA — Es muy mona la muchacha.

CANDIDO — ¡Es estupenda! Como para un semi-matrimonio.

VICENTE — ¡Sí que vale la pena!

ALFREDO — Ya veréis cómo no hemos perdido la noche.

ENCARNACION — *(A Caralela que está detrás del mostrador.)* Oye, muchacho, ¿está don Francisco?

CARALELA — El señor Paco, dirá usté.

ENCARNACION — El dueño.

CARALELA — *(Sonriendo.)* ¡El dueño él... Aquí no hay

más dueño que la dueña. Pero, en fin, arriba está.

ENCARNACION — Pues dile que baje, que está aquí su hermana.

CARALELA — Por muchos años. Me lo había calao, no sé por qué. Tengo yo pa eso una vista... Cierto que se da usté un aire... los ojos... la boca... la nuca... claro que a usté le falta el bigote, pero...

ENCARNACION — *(Impaciente.)* ¿Quieres hacer el favor de avisar, que corre prisa?

CARALELA — En seguida, sí, señora. *(Se dirige hacia la derecha.)* En cuanto la vi entrar me lo masqué. Esta es de la familia... bueno, ¡el que a mí me la dé!... *(Hace mutis.)*

ENCARNACION — *(A Milagros.)* No creas que las tengo todas conmigo. Después del tiempo que hace que no nos tratamos, y con la señora que tiene mi hermano...

MILAGROS — Pues yo, a casa no vuelvo. Antes me paso la noche andando por la calle, o me refugio en un portal.

ENCARNACION — No digas tonterías. Por una noche no nos había de faltar la casa de una vecina, y mañana... ya veríamos.

MILAGROS — ¡Mañana! ¿Y qué vamos a hacer mañana, Dios mío?

ENCARNACION — Cálmate, que vas a terminar por contagiarme, y si se nos nubla la vista a las dos, no sé qué va a ser de nosotras, ni de esas pobres criaturas...

MILAGROS — ¡Qué canalla de hombre!

ENCARNACION — ¡Como todos! Es decir, como todos, no, que tu padre fué una buenísima persona; lo único malo que hizo fué morirse... y eso lo hizo sin querer. *(Enterneciéndose y medio llorando.)*

MILAGROS — *(Consolándola.)* ¡Mamá!

ENCARNACION — ¡Pero los demás!... Ahí tienes a tu novio... ¡tanto cariño... tanta ilusión!..., y en cuan-

to te ve en un apuro, desaparece, y si te ví no me acuerdo... ¡Ni una mala carta!...

MILAGROS — Eso, no, mamá; yo estoy segura de que fueron los suyos quienes le impidieron acudir; su familia, que se habrá valido de todos los medios para apartarle de estas relaciones, que tanto combatían.

ENCARNACION — Eso no le disculpa. También tu padre, cuando se caso conmigo, tuvo sus luchas, y le decía la familia que si yo era de barrios bajos, que si abandonaría los estudios, que si no iba a llegar nunca a ser un buen especialista de niños, que era a lo que se dedicaba. ¿Y qué? Pues que como su cariño era verdad, se casó conmigo, fuimos muy felices y llegó a ser el especialista de niños más célebre de Madrid.

MILAGROS — ¡Pobre padre!

ENCARNACION — Sí, pobre Miguel. *(Gimoteando.)* Y yo no sé si fué el cariño a la especialidad, o la voluntad del Señor... el caso es que en siete años de matrimonio nos reunimos con otros tantos niños.

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Esto se está poniendo interesante.

CANDIDO — Folletinesco.

ALFREDO — Disimulad todo cuanto os sea posible, para que no se aperciban de que escuchamos.

PEPITA — Yo estoy ya deseando saber, pero sin faltar detalle.

CANDIDO — Luego quedará todo reducido a una tontería familiar; pero si os divertís así...

ALFREDO — Vamos a pedir más vino y a fingirnos borrachos.

PEPITA — ¡Eso, eso!

CANDIDO — Pero para pedir más, tengo que beberme éste.

ALFREDO — ¡Naturalmente!

CANDIDO — ¡Ay, que yo la cojo de verdad! *(Bebe, y*

Vicente también.) Yo creo que estáis locos; pero, en fin, adelante.

ESCENA IX

DICHOS y PACO

PACO — *(Entra por la derecha seguido de Caralela, y al ver a su hermana, corre a abrazarla emocionado.)* ¡Encarna!...

ENCARNACION — ¡Paco!

PACO — ¡Milagritos!... ¡Hija!... *(Se abrazan, también sollozando.)*

ALFREDO — *(Fingiendo un principio leve de borrachera.)* ¡Niño, tráete más vino!... pero un frasco, déjate de copas. *(A sus amigos.)* A ver cómo fingís la borrachera.

CANDIDO — ¡Que no somos actores!

ALFREDO — Actores, no; pero de coger monas ya tenéis práctica todos.

CANDIDO — Pero no de vinazo.

ALFREDO — ¡Venga! *(Levantando la voz para poner de relieve la fingida borrachera.)* ¡Sindificación popular!... ¡y compañerismo a chorro libre!

CANDIDO — ¡Arrea! *(Simulan todos la borrachera.)*

CARALELA — *(Que les ha servido, después de dejar el frasco sobre la mesa y a tiempo que se retira.)* Estos apaches no beben más que en el cine. Con la pirmer copa y rezumaos. Claro que habrán cargao en otra *cualisquier* parte...

PACO — Bueno, sentaros y contar; ¿qué pasa?, ¿qué os ha ocurrido?

ENCARNACION — *(A Milagritos.)* No llores, hija, que no voy ni a poder hablar.

PACO — ¿Pero es tan grave lo que sucede?...

ENCARNACION — En dos palabras voy a referírtelo, porque el remedio, si lo tiene, hay que ponerlo ahora mismo. Ya sabes que para poder ir

saliendo de nuestra miseria me vi obligada a aceptar el domicilio del señor Vitorino, el carnicero, para instalar en él una casa de huéspedes, donde llevamos ya cerca de dos años. Este don Vitorino, que se preciaba de ser un gran amigo nuestro, al ofrecerme su casa para instalar el negocio, me dijo: «Encarnación, yo les aprecio a ustedes de verdad, y se me parte el alma de ver lo que están pasando. Mi casa es grande; yo, desde que enviudé, necesito de alguien que me cuide; ¿pues quién mejor que ustedes? Vénganse todos a mi casa, y para proporcionarles algún otro ingreso que lo que yo les dé por mi cuido, amueblaré unas cuantas habitaciones, para que puedan admitir huéspedes.» Yo estaba con el agua al cuello, y como nadie me tendía una mano, acepté, y la viuda del ilustre doctor Salcedo, pasó a convertirse en patrona.

PACO — Bueno; pero el disgusto...

ENCARNACION — El disgusto se presentó esta tarde, cuando ese hombre, brutalmente, bestialmente, de la forma más grosera y soez que puedas imaginarte, nos dijo *(A Milagritos, que rompe a llorar.)* ¡Calla ahora!... «Que esto de los huéspedes era un jaleo, que él tenía muy buenos ahorros, que le gustaba la chica y que el mejor arreglo para todos sería... ¡que se la entregara!... ¿Me entiendes?

PACO — ¡Qué canalla! ¿Y no le *partistes* la cara?

ENCARNACION — Le contesté lo que hacía al caso y me eché con ésta a la calle a buscar dónde meternos, porque ya comprenderás que a casa de ese hombre no puede volver mi hija.

PACO — ¡Claro que no! Ni ella, ni tú, ni ninguno de los vuestros. ¡Miserable!

ENCARNACION — Gracias, hermano. *(A Milagritos.)* ¿Ves

cómo Dios empieza a protegernos? *(A Paco, con gran sinceridad.)* Perdóname, Paco, porque, a decir verdad, he venido a tí con algún recelo. No, no tenía razón... tú siempre fuiste bueno... y en el fondo de mi alma latía la seguridad de que no podías haber olvidado lo que aprendimos en casa de los padres que fueron pobres, sí, es verdad; pero espejos de honradez y muy sobrados de vergüenza.

PACO ¡Encarna!...

ENCARNACION ¡Me has quitado un gran peso de encima! No sé aún el rumbo que voy a tomar, pero, por el pronto, lo que necesito es calma para pensarlo, y de momento recoger a los otros chicos y venirnos esta misma noche todos aquí.

PACO *(Sorprendido y disgustado.)* ¿Aquí?...

ENCARNACION ¿Pues dónde sino?...

CANDIDO *(A sus amigos.)* No están para tomar el principal del *Palas*.

PACO El caso es que la Matea...

ENCARNACION ¿Pero eres tú el marido o ella?

CARALELA *(Que también escucha con interés el relato mientras manipula en el mostrador.) (Aparte.)* Ella.

PACO Soy yo...

CARALELA *(Aparte.)* ¡Ca!

PACO ...Pero vamos... que tú también podías haberte mirao un poco más y comprender que el hombre que hace esos ofrecimientos generosos, se lleva alguna mira...

ENCARNACION ¿Es que no existe la caridad ni la compasión, ni los buenos sentimientos?

PACO ¡Pamemas!

ENCARNACION Piensa en mi situación... ¡Todo lo había empeñado!

PACO ¿No *vistes* el peligro?

ENCARNACION Después le ví... sólo como probable... Pero pensé que pudiera ser yo la víctima, no mi

hij , ¿entiendes?... y así, aun asqueándome la idea, seguí en la casa; porque para evitar la miseria de los suyos, una madre como yo, se sacrifica, se sacrifica *ella*... ¡pero a una hija de sus entrañas!... ¡ni por la vida de todos juntos!

PACO — Sí, claro, pero... el caso es que a mí me pones en un aprieto, porque ¿cómo os meto yo en casa

CANDIDO — *(A sus amigos.)* ¡Ole los hermanitos!

ALFREDO — Calla.

ENCARNACION — ¿Y vas a dejarnos en medio de la calle?

PACO — *(Dando un puñetazo en la mesa.)* ¡Maldita sea!

ENCARNACION — ¿Nos echas?...

PACO — Bueno... [illegible] ¿estaría [illegible] días, verdad?

ENCARNACION — *(Con [illegible])* ¿Pero tú mi hermano?...

PACO — Yo... pero [illegible] por mí... claro... ¡Maldita sea!... Esperarme un momento... voy a hablarlo con la Matea, porque... claro...

ENCARNACION — ¿No eres dueño de tus actos?...

ESCENA X

DICHOS... MATEA

MATEA — *(Por la derecha.)* Muy buenas.

ENCARNACION — Hola, Matea.

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Hacéos los dormidos, que a cada momento va intriga más este asunto.

MATEA — *(A Encarnación.)* Aquí, Paco, es el dueño *absoluto* de sus *actos* y puó hacer lo que le convenga; pero la dueña de la casa soy yo, y es natural que me consulte y no haga na sin mi permiso.

CANDIDO — *(Sin poder contenerse.)* ¡Viva la libertad!

ALFREDO — ¡Calla!

ENCARNACION — No he querido ofenderte. Que te explique Paco nuestra situación.

MATEA — Lo he escuchado to, y la verdad, lo siento en el alma, pero vamos... pensar que pudiérais veniros aquí, con lo estrechos que vivimos, es una estupidez.

ENCARNACION — *(Humildemente.)* Era para pocos días...

MATEA — ¡Ni pa uno solo! No nos los vamos a sentar encima. *(A Paco.)*

ENCARNACION — ¿Pero qué estás diciendo?

MATEA — Eso no quita pa que no se os ayude, en lo que podamos. Paco, *dala* dos duros.

PACO — *(Indignado.)* ¡Matea!

ENCARNACION — ¡Canalla!...

ESCENA ULTIMA

DICHOS; el señor VITORINO

VITORINO — *(Vitorino, hombre del pueblo, alborado y cincuentón, entra por el foro, quedando en último término, sin ser visto por ninguno de los personajes, atentos a la trifulca.)*

MATEA — ¿Pero me insultas en mi casa?

MILAGROS — ¡Vámonos!

ENCARNACION — Sí; vámonos, hija.

VITORINO — *(Desde el último término.)* ¿Lo están ustés viendo?

MILAGROS — ¡El!

ENCARNACION — ¿Usté aquí?...

VITORINO — Ya les avisé, que de los parientes no se pué esperar más que se mueran si son ricos, o que nos dejen en paz si son pobres.

ENCARNACION — ¡Paco! Ese es el hombre que ha ofendido a tu hermana.

MATEA — *(Sujetando a Paco, que hace ademán de avanzar.)* ¡Tú no te metas en na!

VITORINO — Un momento.

ENCARNACION — ¡Haga el favor de quitarse de mi vista!

VITORINO — *Nesecito* dar una explicación, señora. Si se ha ofendido, se pide perdón y en paz.

¡No es para tanto la cosa! ¿Que *me se* ha olvidao el detalle de decir que estaba dispuesto a casarme, si se terciaba? Pues lo digo ahora y terminao. Por ceremonia más o menos, no va a quedar.

ENCARNACION ¡Le he dicho que salga de aquí!

VITORINO No se ponga usté así, señá Encarnación, y vuélvase pa allá, que en mi casa tién ustés el puchero seguro... y no va a haber quien dé más.

ENCARNACION ¡Márchese, o no respondo!...

VITORINO ¡Que luego van ustés a volver con las orejas gachas!

MILAGROS ¡Miserable!

ENCARNACION ¿Pero por quién nos ha tomao usté? ¡Mal hombre!

VITORINO Tién ustés mucho orgullo.

ENCARNACION ¡El que podemos!

VITORINO Pues me creo yo que cuando es tan orgullosa la gente, no se *aceta* lo que ustés han *acetao* de mí.

MILAGROS *(Con gran energía.)* ¡Grosero!... ¡Bandido! ¡Salga de aquí inmediatamente, porque me siento con fuerzas para saltar a su cuello y ahogarle! Yo le juro a usté que le pagaremos! Pidiendo limosna, trabajando o como sea, yo reuniré cuanto le debamos para tirárselo a la cara y escupirle en ella.

VITORINO *(Sin inmutarse.)* ¿Conque sí, eh?

MILAGROS *(Abrazándose a Encarna.)* ¡Madre!

CANDIDO *(A Alfredo, que se ha puesto en pie.)* ¿Qué vas a hacer?

ALFREDO ¡Quietos! Ahora veréis lo que se me ha ocurrido. *(Acercándose a Encarnación y quitándose la gorra con gran finura.)* Señora... señorita... Ustedes perdonen mi intromisión en estas circunstancias; pero es que si en la vida hay casos verdaderamente providenciales, éste es uno de ellos. Desde esa mesa he escuchado, casi sin querer,

que es usted la viuda del doctor Salcedo, y yo tengo contraída con su difunto esposo una deuda, más que de intereses, de gratitud. Hace ya años, un hijo mío se moría de un ataque de... *(Dudando de qué decir.)* de apendicitis. La operación era inminente, arriesgada, y, sobre todo, costosa. Yo carecía de recursos, las clínicas gratuítas no funcionaban a aquellas horas, y cuando ya creía que mi hijito de mi alma...

PEPITA — *(Aparte a Cándido.)* ¿Pero ha tenido hijos?

CANDIDO — ¡Qué va a tener!

ALFREDO — ...se me iba a morir en los brazos, un hombre bueno, un doctor sabio y generoso, arrancó de la muerte a un angelito para devolvérselo a su angustiado padre.

CANDIDO — *(A los otros.)* ¡Es un artista!

CARALELA — *(Aparte.)* No son apaches. Si ya lo decía yo...

ENCARNACION — ¿Dice usted que mi esposo le salvó a su hijo?

CANDIDO — Su esposo, señora. ¡Su padre, señorita! Y no solamente no percibió nada por su trabajo, sino que me obligó a aceptar un socorro con el que pude atender al restablecimiento del niño.

ENCARNACION — ¡Era un ángel!

MATEA — *(A Paco.)* Era un primo.

ALFREDO — Pasó el tiempo, y los negocios me fueron tan favorables que, pese a las ropas con que ahora aquí me encuentro, hice una fortuna más que mediana. Busqué al doctor, y supe que había muerto. Ya pensé que nunca pagaría aquella sagrada deuda, cuando la casualidad me depara a la familia de mi noble salvador, y en situación tas angustiosa como la mía entonces. ¡Cuánto se lo agradezco a Dios! Por gene-

roso que fuera mi comportamiento, nunca podría tener la grandeza del suyo. El dió sin condiciones. Yo no voy a hacer más que pagar.

CANDIDO — *(A los otros.)* ¡Pero qué afán tiene de repartir dinero!

VICENTE — Es muy rico.

PEPITA — Y muy generoso.

ALFREDO — *(A Encarnación, y refiriéndose a una cartera que saca del bolsillo.)* Señora, en esta cartera hay aproximadamente lo que yo hubiese entregado a su esposo, si en vez de salvarme el hijo entonces, me lo hubiese salvado hoy.

CARALELA — *(Aparte.)* Es de la familia Urquijo. Me lo imaginé en seguida.

ENCARNACION — *(Enrojecida y sin atreverse a aceptarla.)* Caballero... yo no sé qué... qué decir a usted... pero no me creo autorizada para...

ALFREDO — ¿Usted no puede cobrar una minuta de su esposo?

ENCARNACION — Ciertamente; pero en esta forma...

ALFREDO — Lo que no tiene usted es el derecho de dudar.

PACO — ¡Claro, mujer!

ENCARNACION — Además, a usted no le consta siquiera que yo soy la viuda... de mi marido.

ALFREDO — ¡Por Dios, señora!

PACO — De eso sí que puede usté estar seguro. Es mi hermana y yo la garantizo.

ALFREDO — ¡Si no hace falta, señores! Esto no tiene más importancia que la que le están dando ustedes. La ruego que acepte. *(Entregándole la cartera.)*

ENCARNACION — No sé qué decirle... ¡Gracias!... ¡Gracias!...

ALFREDO — ¿Gracias de qué? Pues ni que se tratara de un tesoro... Claro que sí habrá lo suficiente para que salde usted con ese caballero *(Por Vitorino.)* y para que puedan

vivir bajo techado algunas semanas, quizá algunos meses.

MATEA — Escarna. Toos tenemos nuestra alma en su almario. Mañana haréis lo que queráis, pero esta noche no salís de aquí. Paco irá a recoger a los chicos.

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Y ahora vámonos nosotros.

CARALELA — *(Aparte.)* Sus hermanos. ¡Clavao! Si ya ví yo que la borrachera era fingida.

VITORINO — *(Adelantando unos pasos.)* Dos palabras, generoso Rocambole.

ALFREDO — ¿Qué se le ofrece a usted?

VITORINO — Pues se me ofrece que a mí no me ha tirao nunca ventajas ningún marchoso, y siempre que un hombre se ha mezclao en mis asuntos, y principalmente en los de esta índole, o me ha dao una *sastifacción* inmediata, o se la he hecho yo dar a la fuerza.

CANDIDO — *(A los otros.)* ¡Nos la hemos buscao!

ALFREDO — Descuide, que llevará usted la satisfacción, del género que desee.

VITORINO — Yo soy de los que van al terreno.

ALFREDO — Y yo nunca he hecho esperar a nadie.

VITORINO — Pues no hay más que hablar. La calle es es de todos. *(Hace mutis por el foro.)*

ALFREDO — *(A sus amigos.)* Vamos. *(A los demás.)* Buenas, noches, señores.

ENCARNACION — *(Impidiéndole salir.)* No salga usted, que ese mal hombre piensa alguna cobardía.

PACO — Yo les acompañaré.

ALFREDO — No lo consiento

PACO — *(Aparte a Caralela.)* Tú, Caralela, corre a ver si encuentras un guardia.

CARALELA — ¡Qué difícil va a ser eso, pero en fin! *(Sale corriendo.)*

ALFREDO — Estén ustedes tranquilos, que los cobardes no dañan más que a traición y yo voy prevenido.

CANDIDO — *(Al Alfredo.)* ¿Y no podríamos dormir aquí con los señores?

ALFREDO — No seas tonto. Vamos. Buenas noches.

MILAGROS — *(Con vehemencia.)* Un momento, caballero... por favor... Dígame su nombre, para bendecirle, para venerarle!...

ALFREDO — ¡Por Dios, señorita!...

MILAGROS — *(Imperiosa.)* ¡Su nombre!

ALFREDO — Alfredo Medina. Pero no para bendecirle, ni aun para recordarle. Sólo para ponerlo a sus pies.

MILAGROS — ¡Gracias! ¡Gracias!

ALFREDO — *(Separándose de ella y haciendo mutis con sus amigos.)* ¿Lo veis? Por fin se presentó la aventurilla.

CANDIDO — ¿La aventurilla? El que hace falta que se presente es el guardia. *(Alfredo dirige una última mirada a Milagritos, que le contempla arrobada y va cayendo el*

TELON

ACTO SEGUNDO

Representa la escena una habitación indeterminada de la planta baja de un hotelito, situado en un pueblo cualquiera de Castilla. Al foro, en el centro, puerta que da al jardín, con un barandal en el forillo. A la derecha, un gran ventanal, y a la izquierda, una escalera que conduce a las habitaciones del piso superior. En el lateral izquierdo, en primer término, puerta que se supone da al recibimiento, y en el lado derecho, en segundo término, otra puerta. En el primer término de este lado, y adosada a la pared, una mesita moderna, con papeles, libros, etc. Un pequeño biombo colocado frente al público, haciendo escuadra con la mesa, parece como si delimitase el improvisado despacho. Aparato de luz en el centro, sillas, etc. Es un día espléndido, de fuerte sol.

ESCENA PRIMERA

SEBASTIANA y ALFREDO

Al levantarse el telón, Alfredo está escribiendo muy abstraído ante la mesita del primer término. Sebastiana es una criada lugareña.)

SEBASTIANA — Güeno; pero ¿se esayuna usté o no se esayuna?...

ALFREDO — ¿Otra vez?

SEBASTIANA ¿Cómo otra vez, si no ha tomao usté más que una meaja e café con leche?

ALFREDO No quiero nada más.

SEBASTIANA ¡Pero si usté siempre se ha esayunao con unas lonchas de jamón, unos piazos de embuchao, chocolate con migas y dos o tres huevos fritos!

ALFREDO Esos eran otros tiempos, cuando estaba enfermo.

SEBASTIANA ¡Pues miá que el tente en pie era para enfermos!

ALFREDO ¿Tú qué sabes? Ahora he variado de costumbre.

SEBASTIANA Muchas variaciones se van notando desde que se hizo usté este hotel o lo que sea.

ALFREDO ¿Pero qué dices?

SEBASTIANA Que pa mí que [illegible] mi madre. Que la casa e sus padres sería mu vieja y mu destartalá; pero allí too era alegría y güen apetito y satisfación, y desde que vinimos aquí, a pesar de ser esto tan majo, ni baja usté al pueblo las veces que endenantes ni tié [illegible] que tenía, ni come usté como Dios manda, u sea como un buitre ni paece que nos aprecia como en aquellos tiempos.

ALFREDO ¡Pero qué idiota eres, Sebastiana! Yo soy el mismo de siempre.

SEBASTIANA Entonces, a la cuenta es que tié usté algún quebraero de cabeza.

ALFREDO Bueno, déjame en paz y llama a Telesforo, si es que ha vuelto de avisar a su padre.

SEBASTIANA Ahí fuera está, haciendo el tejaíllo pa guarecer [illegible] pero ha traído la razón del viejo, de que aquí no pone él ninguno e los dos pies.

ALFREDO Hombre, ¿y por qué?

SEBASTIANA No se crea usté que es por malquerencia denguna. Es que dice que como esta casa

la hizo el hijo del señor Alcalde, recién terminá la carrera, y como tié esa fama e bruto...

ALFREDO ¿Qué?

SEBASTIANA Que se teme que esto se esbarate cualquier día y no quié que le aplasten los escombros.

ALFREDO ¡Pero qué tonterías se os ocurren! Anda, anda, llama a Telesforo.

SEBASTIANA ¡Uum!... No se crea usté que va tan escaminao el agüelo... *(Se llega al foro, y desde allí llama, dirigiéndose hacia fuera.)* ¡Telesforo! ...¡Telesforo!... *(Acercándose a Alfredo.)* Güeno, ¿qué? ¿Se esayuna o no se esayuna?...

ALFREDO ¿Me quieres dejar tranquilo?

SEBASTIANA Sí, señor. *(Dirigiésdose hacia la primera izquierda.)* Esto es la endevidua esa de arriba... *(Vase.)*

ESCENA II

ALFREDO y ANDRES

(Alfredo vuelve a abstraerse en su trabajo. Andrés—hombre de unos cincuenta y cinco años, vestido con alguna cursilería—aparece en el rellano de la escalera, despidiéndose con exageradas cortesías, de alguien que se supone dentro, hacia la izquierda.)

ANDRES ¡A los pies de ustedes, señoras!... ¡A sus órdenes!... ¡A su disposición!... Beso a ustedes, señoras... *(Empieza a bajar los escalones.)* ¡Señoras, qué señores!..., digo, ¡señores, qué señoras!... Porque la madre también... *(Acercándose a Alfredo.)* ¡Eh, gran hombre!... ¿Qué pasa para no haber subido?

ALFREDO Ah, don Andrés..., estaba aquí entreteni-

do con mi comedia... ¿Qué hay? ¿Qué le parece a usted la muchacha?

ANDRES — *¡Bocatto di cardinali arzobispi de Toledo!* ¡Guapísima!

ALFREDO — ¡No, hombre, no es eso!

ANDRES — ¿Cómo que no? ¡Una preciosidad!

ALFREDO — Bueno, fuera de chirigotas, ¿qué la encuentra usted?

ANDRES — Pues o la encuentro mucho o no la encuentro nada, porque si moralmente la encuentro, materialmente no la encuentro, y en otro terreno... no me atrevo a decir lo que la encuentro.

ALFREDO — Hablemos con formalidad, don Andrés.

ANDRES — Pues con [illegible] don Alfredo, le aseguro que no he visto en esa joven la menor lesión orgánica que pudiera comprometer su vida, y creo que todo lo que dicen ustedes que le ha sucedido no son más que fenómenos nerviosos sin verdadera importancia, aunque dignos de atención.

ALFREDO — ¡Caramba, don Andrés, que cuando decidí traer la muchacha a este rinconcito es porque la ví muy mal en Madrid. Con alarmante frecuencia le daban unos ataques que parecían epilépticos...

ANDRES — *(Riendo.)* ¡Epilépticos!... ¡Pero hombre, por Dios! No le defino a usted lo que son los ataques epilépticos porque eso es muy largo... y ya casi ni me acuerdo, pero ¡ni síntomas!

ALFREDO — ¿Y esa inapetencia... esa fatiga constante?...

ANDRES — Mire usted, don Alfredo, yo, según mi costumbre, he sometido a Milagritos a un reconocimiento detalladísimo. No hay víscera, ni músculo, ni nervio, que yo no haya palpado. En esto de los reconocimientos soy el amo. Y es que les concedo una

gran importancia, no sólo por ser la base del diagnóstico, sino por lo que lo agradecen los pacientes. Cuando un enfermo ve que le reconocen a conciencia, queda siempre muy reconocido.

ALFREDO — Es natural.

ANDRES — También he examinado a fondo a la madre, por si había algo de herencia.

ALFREDO — De herencia, creo que no hubo nada.

ANDRES — Y está gordita la madre... y bien formada, para su edad...

ALFREDO — ¡Pero don Andrés, por Dios!...

ANDRES — Son apreciaciones clínicas..., puramente clínicas.

ALFREDO — Bueno, ¿y Milagritos?...

ANDRES — Milagritos tiene algo..., eso es indudable... Ahora bien, ¿qué tiene Milagritos?... ¿Qué se le ha descompuesto a Milagritos? ¡Ah!... Esa es la gran dificultad de nuestra profesión... saber lo que tiene el enfermo... ¡Pues no es nada!... Si lo supiéramos, menudas curas haríamos.

ALFREDO — Pero, aproximadamente, ¿nada grave, dice usted?...

ANDRES — Levísimo. Casi casi como si se hubiera venido con sabañones. Una pequeña alteración nerviosa de carácter funcional. Ligera psycastenia, algo de anemia...; pero eso aquí, con los aires del campo y la tranquilidad y la alegría de que usted sabrá rodearla, unidos a una formulita que ahora la pondré, se disipará en seguida.

ALFREDO — ¿Pero la causa de esa alteración?

ANDRES — No puede ser más clara. Hay un momento crítico en la vida de la mujer, en que la que fué hasta entones niña empieza a preguntarse con inquietud por qué las tórtolas se arrullan... etc., etc... ¿eh?

ALFREDO — ¿Qué quiere usted decir con eso?

ANDRES — Pues sencillamente que a lo mejor está enamorada... o quiere estarlo.

ALFREDO — No es probable. Ya dije a usted que nuestro trato, hasta ahora, no es más que el de una sincera amistad, absolutamente respetuosa.

ANDRES — *(Con aire de duda.)* ¿Nada más?...

ALFREDO — Se lo juro por mi honor.

ANDRES — ¡Basta, basta! Hay que tener también en cuenta la vida de sufrimiento que llevó antes de conocerte a usted, las contrariedades, las mismas privaciones..., todo esto conmueve los centros nerviosos, que son muy delicados... cualquier alteración en el [illegible] acarrea molestias importantes... ¡y no le digo nada del nervio vago!... que no trabaje el vago en buenas condiciones, y verá usted canela.

ALFREDO — A mí me preocupa mucho la inconsecuencia de su carácter. La veo usted alegre, llena de vida y de entusiasmo, y de repente, sin [illegible] que lo justifique, parece que se apaga todo en ella, se abate su espíritu, se transforma su semblante, se extingue... parece que se muere...

ANDRES — Nervios y nada más que nervios. Por fortuna suya, le ha encontrado a usted, que tan acertadamente la protege.

ALFREDO — Hombre, yo... como su padre me salvó a mi hijo...

ANDRES — Eso ha tenido gracia; lo de inventar un crío. ¡Y claro, como su padre le salvó ese niño imaginario, usted va a ver si... *(Aparte, tapándose la boca.)* ¡Arrea, lo que iba a decir!...

ALFREDO — Esa inocente mentirilla estableció entre nosotros una sincera amistad, y fundado en ella, cuando la ví delicada de salud, me creí autorizado para ofrecerla un sitio en esta casa de campo, donde podía reponer-

se. Ella ha podido aceptar, dentro de la más exquisita corrección. En compañía de su madre, porque sus hermanitos quedaron en Madrid, ocupa el piso principal, y yo me he instalado aquí, en el bajo, hasta que el tiempo y la familiaridad del trato, indiquen la oportunidad de una mudanza. Por eso le digo a usted que lo del enamoramiento me parece improbable y, en todo caso, prematuro.

ANDRES — Es que podría [illegible] nada de otro.

ALFREDO — Tengo la seguridad de que no.

ANDRES — Pues entonces nada, que así sea..., y que no traiga esa mudanza un casamiento.

ALFREDO — ¡Eso sí que no! Las alianzas a plazo indefinido no van con mi temperamento y eso del matrimonio es muy largo.

ANDRES — Y con una señora como la mía, además de largo, estrecho.

ALFREDO — Claro que esta muchachita es algo de lo que no ha habido en mi vida.

ANDRES — Sí que es guapa y simpática y agradable de verdad.

ALFREDO — Y más que nada, interesante, comprensiva... Guarda conmigo tal afinidad en los gustos y se compenetra con cuanto yo pienso de tal forma, que me atrae, me encanta, me conmueve. A veces veo en ella no solamente la mujer que me agrada, sino una continuación de mis propios sentimientos. Apenas hace tres meses que la conozco; nuestro trato es, como le dije, el que cumple a una simple amistad, y, sin embargo, Milagritos es para mí como algo necesario...

ANDRES — Usted es que está más enamorado que el tío Saturnino, que de ciego que iba a casarse, cuando le dijo el cura, «¿Quiere usted a la Benita por esposa?», contestó: «Y si no me la dan, mato a su padre».

ALFREDO — Quizá esté enamorado; pero igual que lo estuve de tantas otras. No hay más diferencia sino que esta chiquilla se me representa como una flor delicada, de suave perfume, sentimental, exquisita, y yo no soy un desalmado capaz de deshacerla con el chocar violento de una declaración grosera. Quiero hacerme interesante, atraerla, conquistarla, pero con suavidad, blandamente, poco a poco.

ANDRES — *(Aparte.)* Este acaba en la iglesia. *(Alto.)* Permítame, voy a poner la receta. *(Se sienta ante la mesita y escribe durante lo que sigue.)*

ALFREDO — Y para conseguirlo tengo un plan magnífico.

ANDRES — ¿Ah, sí?

ALFREDO — De lo más ingenioso. Estoy escribiendo una comedia que es el relato fiel de nuestro conocimiento, y nuestras posteriores relaciones. La daré un final conforme a mis proyectos con Milagritos, y cuando la tenga terminada haré que la lea. Estoy seguro de que ella ha de agradecer esta delicadeza mía, y que al fin triunfaré; pues yo, que a ratos me complazco en escrutar el corazón humano, ya he empezado a advertir, en el suyo, los primeros síntomas.

ANDRES — Es bastante original. Una declaración a través de una comedia... ¡y claro!... por fuerte que resulte este final... si ella le encuestra lógico... ¡pan comido!

ALFREDO — Eso es.

ANDRES — ¡Lo que nos obligan a hacer las mujeres!

ALFREDO — ¿A usted también?

ANDRES — A mí me obligan a hacer, ¡hasta las camas! ¡No me hable usted!

ALFREDO — ¡Caramba!

ANDRES — Claro es que yo me busco la revancha, y

en cuanto veo un clarito, agarro el tren, me largo a Madrid y ¡el despiporren!

ALFREDO ¡Don Andrés, qué sorpresa! ¿Pero es posible?

ANDRES ¡Caracoles! ¿Pero es que usted se figura que a los demás nos amargan las señoras?

ALFREDO Ciertamente que no, pero vamos... nunca habría yo creído que usted le era infiel a doña Teresa.

ANDRES Eh..., vamos por partes... La fidelidad, como todo, tiene su límite, y yo me he señalado un radio de acción de catorce kilómetros. De modo que aquí, en el pueblo y catorce kilómetros alrededor, fidelidad absoluta, pero como Madrid está a ciento veinte...

ALFREDO ¡Logiquísimo! Metrópoli, libertinaje y jaranería.

ANDRES Sí; pero pocas veces, que esto es un secreto.

ALFREDO ¿De Estado?

ANDRES De estado agónico, si mi mujer llega a sospechar que a lo que voy a Madrid no es por termómetros.

ALFREDO ¡Ja, ja, ja!... ¿De modo que esa es la disculpa?

ANDRES En cuanto me da la vena...

ALFREDO A Madrid por termómetros...

ANDRES Cabalito. Bueno, no creo...

ALFREDO ¡Hombre!

ANDRES *(Levantándose.)* Aquí tiene usted la recetita. Esto es muy bueno... muy calmante.

ALFREDO *(Leyendo.)* «Despáchese. Clorhidrofosfato de Trimetildisgustina, 1 gramo. Metadiamidobroncol, 1 gramo. Benzocianato de bilicalmose, 50 centígrados. Misol, 10 centígrados. Tusal, 6 gotas...» Oiga usted, estos últimos parecen piropos... Misol... Tusal...

ANDRES Son productos alemanes, de la casa Merck.

ALFREDO *(Acabando de leer.)* «Jarabe de rosas pálidas, 400 gramos. Disuélvase. Para tomar

a cucharadas. Dos por la mañana, media hora antes de leer el «A B C».

ANDRES — Como se suele leer durante el desayuno...

ALFREDO — ¿Y se le quitará esa tristeza que tanto me alarma?

ANDRES — Espero que sí, pero si no resultara esta poción, ya veríamos de ensayar la «Malhumorina». Yo la he probado en mi mujer y va bastante bien. [illegible] el efecto dura poco, y la reacción es violenta. Siempre que se la administro, ya se sabe. Dos horas de dulzura y amabilidad, y a las dos horas y media nos pegamos. Como que la tengo que dar en seguida la «Pirocachetina», que la deja como si la hubiera cogido un automóvil. Cuando no tengo «Pirocachetina, la doy algún dinero, y se calma también.

ALFREDO — Y diga usted, don Andrés... Milagritos adelgaza cada día más. ¿No hay nada para contener esa desnutrición?

ANDRES — ¿Pues no ha de haber? La «Esmirriadose». De resultados magníficos. Yo le aseguro a usted que engorda. Como si quiere usted que crezca.

ALFRED — Hombre, crecer no me parece necesario...

ANDRES — Porque le dábamos en seguida el «Estaturol»... un medicamento asombroso... yo le ensayé en un hombre muy bajito y aumentó su estatura de tal forma, que cuando llovía se mojaba cinco minutos antes que los demás.

ALFREDO — ¡Qué atrocidad!

ANDRES — Ya comprenderá que es una broma; pero mire, creció dos centímetros. Hoy hace la Química cosas estupendas. Con que... no le molesto más. De modo que hasta mañana. Mañana reconoceré otra vez a la madre, porque, ¿sabe usted?... quiero asegu-

rarme bien de eso de la herencia, no sea que...

ALFREDO — Como usted quiera.

ANDRES — Hasta mañana.

ALFREDO — Adiós, doctor. Oiga... ¿no sería conveniente que vuelva usted esta tarde, para ver si se ratifica en su optimismo respecto a Milagritos?

ANDRES — ¡Pero don Alfredo! ¡Si no tiene casi nada!...

ALFREDO — Sin embargo, me gustaría que la viese usted de nuevo.

ANDRES — ¡Que va usted a la Vicaría!

ALFREDO — No, no; en serio.

ANDRES — Pues nada, volveré. Como si quiere usted que se celebre una consulta...

ALFREDO — Ah, pero... ¿hay otro médico en este pueblo?

ANDRES — ¡Que lo decía en broma!...

ALFREDO — ¿Pero le hay o no le hay?

ANDRES — Hace tres días que ha venido un compañero nuevo, que dicen que vale mucho... pero conste que eso de la consulta lo dije por tomarle a usted el pelo

ALFREDO — Perdone usted, don Andrés; será una ridiculez y una exageración, pero si a usted no le molesta...

ANDRES — A mí, nada. ¿Por qué me va a molestar?

ALFREDO — Pues me agradaría mucho que viniera usted esta tarde con el compañero.

ANDRES — Usted se ha empeñado en que la pongamos enferma de verdad, y no va a haber más remedio que complacerle.

ALFREDO — Les espero a los dos.

ANDRES — Pues hasta luego. Le mandaré recado, y si le encuentran, vendremos en seguida.

ALFREDO — Sí, sí, doctor. Adiós. Y cuidado con los termómetros.

ANDRES — Me parece que ya voy a empezar a romper los que me quedan. Estoy de acuerdo con

un amigo de Madrid que tiene un Bazar Médico, y cuando lo le aviso me telegrafía diciendo: «Recibidas novedades termómetros e instrumental.» Esto o cosa por el estilo, y... ya comprenderá usted. ¡A actuar fuera del radio!

ALFREDO — En el ensanche, como si dijéramos.

ANDRES — Justamente.

ALFREDO — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

ANDRES — Hasta luego. *(Mutis primera izquierda.)*

ALFREDO — Hasta luego. *(Vuelve a sentarse ante la mesa.)*

ESCENA III

ALFREDO y TELESFORO

TELESFORO — *(Por el foro, en mangas de camisa.)* Con premiso.

ALFREDO — Hola, ¿qué tal va eso?

TELESFORO — Devinamente. Como no he tenío neseciá de levantar más que el muro más chico, pues pa la tarde, rematao.

ALFREDO — Bien; vas a ir a casa de tu padre.

TELESFORO — Si ya he ido...

ALFREDO — Ya lo sé, y te ha dicho que no viene porque esto está para hundirse.

TELESFORO — ¡Manías! Que esto aguanta entoavía más de un año.

ALFREDO — Bueno, pues le dices que yo necesito un jardinero, y nadie mejor que él. Que quiero que esto se cuaje de flores, que traiga tiestos y macetas, que los compre si no tiene... lo que haga falta. Y para eso es lógico que tiene que venir.

TELESFORO — Miusté que esto le pilla de paso pa la taberna y prefiere dar un rodeo por no andar ni por la calle.

ALFREDO — Le dices que si no viene ahora mismo,

creeré que es que tiene a menos estrechar mi mano.

TELESFOR ¡Qué sé yo! Mu negao es mi padre, y como le dé una manía...

ALFREDO A mí me hace caso.

TELESFORO Miusté que ha tenío que dejar de ser síndico por no consentir en quitarse el sombrero en las sesiones del Ayuntamiento.

ALFREDO ¿Por qué?

TELESFOR Porque dice que un resfriao que tuvo hace dos iviernos lo agarró por ir sin sombrero, y ya no se le quita ni pa lavarse la cara.

ALFREDO Bueno, tú dale mi recado.

TELESFORO Deseguida. Pero allá veremos... *(Vase por el foro.)*

ESCENA IV

ALFRREDO y MILAGROS

ALFREDO *(Sentándose ante la mesa y poniéndose a trabajar.)* ¿Me dejarán trabajar?...

VINAGRE *(Baja por la escalera y se acerca a Alfredo.)* ¿Se puede interrumpir?

ALFREDO *(Volviéndose.)* ¡Milagritos!

MILAGROS Servidorita.

ALFREDO ¿Cómo te encuentras? ¿Estás mejor?

MILAGROS Mejor de salud cada día, y más reconocida a usted a cada momento.

ALFREDO ¿Vamos a empezar?

MILAGROS ¿Prefiere usted que me vaya

ALFREDO No, eso no.

MILAGROS Pues entonces, no le queda más recurso que escucharme.

ALFREDO Pero sin elogios.

MILAGROS Procuraré contenerme. Oiga usted, Alfredo; puesto que además de nuestro generoso salvador... *(Alfredo tose.)* bueno... como además de nuestro tirano y cruel verdugo... ¿eh?... ¿está bien así?... es usted,

según hemos convenido, el consejero de la familia, hace falta que hablemos sobre la colocación que usted dijo sería fácil conseguir para mí, porque ya comprenderá usted que no vamos a importunarle perpetuamente.

ALFREDO *(Poniéndose en pie.)* Se levanta la sesión.

MILAGROS Estoy en el uso de la palabra.

ALFREDO Pues este asunto se discutirá más tarde, en otra sesión. Se avisará a domicilio. Ahora, de lo que hay que preocuparse es de recobrar la salud completamente.

MILAGROS Si ya estoy restablecida...

ALFREDO Además, lo convenido fué que pasaran ustedes aquí el verano.

MILAGROS Eso es demasiado, Alfredo.

ALFREDO *(Con fingido enojo.)* ¿Quiere usted incomodarme?

MILAGROS *(Remedándole.)* ¿Vuelve usted a variarme el tratamiento?

ALFREDO *(Tomándola la mano y acariciándola.)* ¡Chiquilla!

MILAGROS Usted es muy bueno... yo juraría que el mejor de los hombres.

ALFREDO ¡Hum!... el mejor... no te fíes, Milagritos.

MILAGROS Pero nosotros no podemos, no debemos abusar de la bondad de usted.

ALFREDO ¿Es que la salvación de mi hijo no valía nada?

MILAGROS ¡Ay!... ¡y qué egoístas somos!... Atentos exclusivamente a nuestros asuntos, ni siquiera le hemos preguntado por su niño... bueno ni usted tampoco nos ha dicho una palabra.

ALFREDO *(Aparte.)* ¡Atiza!...

MILAGROS ¿Dónde le tiene usted?

ALFREDO *(Con cómica gravedad.)* ¡Ah, Milagritos... no me hagas recordar... porque... ah!...

MILAGROS ¿Ha muerto?

ALFREDO Sí.

MILAGROS ¿Pero cómo?

ALFREDO *(Después de vacilar un instante, contesta rápido.)* Le cayó un rayo.

MILAGROS ¡Jesús!

ALFREDO *(Aparte.)* No se puede matar más de prisa.

MILAGROS ¿Y vivía su pobre madre, entonces?

ALFREDO Le llevaba en brazos... ¡Un solo carbón!

MILAGROS ¡Qué horror! *(Poniendo en duda la veracidad del relato.)*

ALFREDO ¡Un espanto! Por eso te ruego que no me hagas recordar aquella tragedia meteorológica, y menos ahora, que necesito toda la tranquilidad de mi espíritu, para dar cima a una comedia que he empezado a escribir, y que espero sea lo mejor que ha salido y saldrá de mi pluma.

MILAGROS ¿Y por qué ha de ser ésta su mejor comedia, entre tantas otras tan lindas que de usted he leído?

ALFREDO Porque es la más sincera. Tuvo su origen en un sentimiento, una ilusión... algo que para que viviera, para materializarlo, para decírselo al mundo, preciso era darle alguna forma... por eso nació esta comedia. No es vanidad lo que me hace decir que ésta será mi mejor obra, no; es la certeza de que cuando el arte carece de alma, no es arte, es artificio. Y esta comedia que escribo, sea cual fuere el ropaje con que se vista, llevará dentro un alma, ¡la mía!

MILAGROS Así se explica lo bien que le está a usted saliendo.

ALFREDO ¿Pero cómo?... ¿Es que tú la conoces?...

MILAGROS *(Azoradísima.)* ¡Perdón, Alfredo!... No lo volveré a hacer. Yo, es que soy un poquitín curiosa..., y usted, otro poquitín descuidado... y claro... eso... lo que pasa... Casi sin querer leí una vez una cuartilla, y me interesó tanto... *(Animándose.)* ¡Me intrigó de tal manera, que no he desapro-

vechado ocasión para seguir enterándome!... ¡y esperaba con una ansiedad la aparición de nuevas cuartillas!... tanta, que cuando tardaban, pensaba yo, ¿pero este majadero no trabaja?... ¡Ay! ¡Perdone usted!... no era majadero lo que pensaba, no... era estúpido... no, tampoco... bueno... en resumen, que he hecho muy mal, ya lo sé...

ALFREDO — No, tontuela, ¡qué disparate! Ahora, que yo tenía el propósito de no habértela dado a leer hasta después de terminada.

MILAGROS — Mejor hubiera sido. No tendría este desasosiego y esta intranquilidad por conocer el desenlace.

ALFREDO — ¿Tanto te interesa?

MILAGROS — ¿Cómo no va a interesarme, siendo nosotros los protagonistas?

ALFREDO — ¿Te parece a tí?

MILAGROS — Sería tonta. Ese pintor, José Luis, todo bondad, gentileza... tan tremendamente simpático y tan noble y generoso, ¿quién va a ser más que usted?

ALFREDO — ¡Que yo no pinto nada!

MILAGROS — Y esa Carmencilla... bueno, aquí ha querido usted despistar un poco, pero no le vale.

ALFREDO — ¿Ah, sí?

MILAGROS — Sí, porque yo no soy una hermosura que deslumbra, ni mi voz es un arrullo, ni mis ojos queman, ni nada de eso que usted dice.

ALFREDO — Vamos, que eres fea.

MILAGROS — Fea del todo del todo, no digo... en simpatiquilla, hubiera estado mejor.

ALFREDO — Pues ya no tiene remedio.

MILAGROS — En cambio, lo que está de mano maestra, lo que es verdad, lo que es así, es el carácter de Carmen... vamos, el mío... bue

no, el de las dos, porque en la manera de pensar y sentir, sí que somos una.

ALFREDO — Ya acerté en algo.

MILAGROS — En eso completamente. Parece que ha leído usted en mi alma. Así soy yo. Impresionable, vehemente, sensible con exageración, franca y sin doblez. Cuando abro mi corazón para un afecto, es de par en par, sin condiciones. O quiero o aborrezco, pero en absoluto, eternamente... es decir, eternamente, sólo querer, que el odio, cuando prende en mí, no dura más que un momento.

ALFREDO — ¡Eres encantadora! ¿Y qué te parece el cariño que Carmencita demuestra a José Luis?

MILAGROS — Muy poco le dice en este acto, y yo no sé cómo pensará el personaje; pero si la comedia ha de seguir respondiendo a cuanto entre nosotros ha sucedido, si ellos han de ser nosotros, cuando escriba usted el tercer acto, hágale decir a esa muchacha, como yo se lo digo a usted ahora, que el cariño que siente por su generoso protector es tan grande que le llena el alma.

ALFREDO — ¿Pero tú me quieres a mí así, Milagritos?

MILAGROS — ¿Lo duda? ¡Con todo mi corazón! ¡Como no he querido nunca! ¿Me cree usted ingrata? Después del cariño de mis padres, no hay en mí otro afecto tan grande como el que a usted le profeso.

ALFREDO — *(Confidencialmente.)* ¿Ni el que tuviste a aquel novio?...

MILAGROS — ¡Ni aquél!... *(Enterneciéndose.)* Pero bueno, dejemos eso. ¡Que también yo, como usted, tengo mi tragedia! *(Con lágrimas en la voz.)*

ALFREDO — ¿Lloras?

MILAGROS — *(Pretendiendo disimular.)* ¡No, no... si

aquello ya pasó! ¡No quiero ni acordarme! *(Llora.)*

ALFREDO — ¡Milagritos, a reirse!

MILAGROS — Sí, señor, sí. *(Lo intenta, pero en vano, haciendo varias muecas cómicas, que la resultan todo menos risa.)*

ALFREDO — No, no, que es a reirse.

MILAGROS — ¡Pues claro!... a reirse... a morirse de risa... *(Ríe forzadamente.)* ¿Lo ve usted?

ESCENA V

DICHOS y ENCARNACION

ENCARNACION — *(Desde los últimos peldaños de la escalera contempla a Milagritos y Alfredo.)* ¡Así empecé yo! Algo madurillo es don Alfredo, pero le prefiero a cualquier mequetrefe. *(Descendiendo y acercándose.)* Felices, don Alfredo.

ALFREDO — Muy buenas, doña Encarna. ¿Qué? ¿Se ha descansado?

ENCARNACION — Descansar, muy bien, como desde el primer día, ¡y ya hace unos cuantos! Ahora que hoy estoy desmadejada, un poco dolorida...

ALFREDO — ¿Y a qué se debe?

ENCARNACION — Pues yo creo que al reconocimiento que me ha hecho su médico de usted... ¡Me ha dado una de pellizcos y de golpes!

MILAGROS — Como a mí.

ENCARNACION — Decía que era para ver la elasticidad de la piel. Mi difunto marido no hacía esas cosas.

ALFREDO — Es que don Andrés es muy escrupuloso. *(Aparte.)* Y muy sinvergüenza.

ENCARNACION — Pero, fuera de eso, entusiasmada. ¡Esto es encantador! ¡Esa amplitud de habitaciones! ¡Cuánto lo vamos a echar de menos.

Milag. ¡Y esa hermosura de sol, que llega hasta lo más escondido de la casa!

ENCARNACION Es que tiembla una tener que marcharse.

ALFREDO No hay necesidad.

ENCARNACION Ay, ya lo creo.

MILAGROS Sólo he visto una cosa que no me gusta nada.

ALFREDO ¿Sí?

MILAGROS Va usted a decir que además de invitada, vengo a poner defectos, y será una incorrección, pero...

ALFREDO *(Cortando lo que va a decir.)* ¡Chst! El defecto es el abandono en que está el jardín, ¿verdad?

MILAGROS Precisamente. ¡Tan pelado, tan triste! ¡Con lo bien que le iría a esta jaulita tan mona una guirnalda de flores!

ENCARNACION No te pongas becqueriana, Milagritos.

ALFREDO Si tiene mucha razón, y en ello hemos coincidido, puesto que ya estaba yo tratando de corregir ese defecto.

MILAGROS ¿Es posible?

ALFREDO Muy pronto lo vas a ver.

ESCENA VI

DICHOS y TELESFORO

TELESFORO *(Por el foro.)* ¿Hay premiso?

ALFREDO Pasa. ¿Pero y tu padre?

TELESFORO Ahí está en la puerta del jardín. Dice que... amos esas cabezonerías suyas... que si no le causara a usté mucha extorsión el salir al jardín a hablarle lo que fuera...

ALFREDO Dile que no sea majadero y que entre.

TELESFORO Deseguida. *(Va hacia el foro.)*

ALFREDO *(A Milagritos.)* Es el padre de Telesforo. Un jardinero excelente.

TELESFORO *(A gritos dirigiéndose hacia la derecha.)* ¡Eh, padre!... ¡que entre usté!

ALFREDO (*A Milagros.*) Es un maniático.
TELESFORO ¡Amos, hombre!
ENCARNACION ¿Pero qué pasa?
TELESFORO Que no pasa.
ALFREDO ¿Cómo que no?
TELESFORO Me hace señas de que tié que cuidar del burro, que himos traído con los tiestos.
ALFREDO Pues que entre el burro...
TELESFORO (*Como las otras veces.*) ¡Que entren ustés los dos!...
ALFREDO (*Asomándose también.*) ¡Vamos, tío Vinagre!... ¡Ande, hombre! Ya viene.

ESCENA VII

DICHOS y el TIO VINAGRE

VINAGRE (*Es un paleto viejo. Entra por el foro y saluda respetuosamente, quitándose el sombrero. Siempre que cree que no se fijan en él, mira con recelo al techo, como si temiera que de un momento a otro fuera a desplomarse.*) ¡Con el premiso!
ALFREDO ¿Cómo va, Tío Vinagre?
VINAGRE Trampiando, señorito Alfredo. ¿Usté güeno?
ALFREDO Divinamente.
VINAGRE ¿La señora vieja, güena?
ENCARNACION ¿Cómo vieja?
ALFREDO No le haga usted caso... es muy bruto. (*A Vinagre.*) Buena.
VINAGRE La señorita joven, ¿también güena?
ALFREDO Buena.
VINAGRE ¡Güena, güena, es de verdá! ¡Qué cacho e gloria!
ALFREDO (*A Milagros.*) Ya no soy yo sólo el de los elogios. (*A Vinagre.*) ¿De modo que no quería usté venir a mi casa?
VINAGRE ¡Señorito Alfredo! ¿Yo qué voy a icir eso?

TELESFORO *(Indignado.)* ¡Unda!...

ALFREDO Ya me figuraba yo que eran cosas de su chico.

TELESFORO ¡Pero yo qué voy a icir más que lo que!...

VINAGRE No t'arrebates, hombre. *(A Alfredo.)* Yo, sabe usté?... es que como un día estornué en el comedor y se cayó la lámpara con un piazo e techo...

TELESFORO Güeno, pero hay que ver cómo estornúa mi padre... que un día volcó un carro!

ALFREDO Bien, bien; descargue usted los tiestos y ahora le dirá la señorita dónde y cómo los ha de colocar.

VINAGRE Deseguía. Anda, tú. *(Vanse por el foro Vinagre y Telesforo.)*

ESCENA VIII

MILAGROS, ENCARNACION, ALFREDO, SEBASTIANA

SEBASTIANA *(Por la primera izquierda.)* Señorito Alfredo.

ALFREDO ¿Qué ocurre?

SEBASTIANA Unos señoritos forasteros que preguntan por usté.

ALFREDO ¿Unos señoritos? ¡Es extraño!... No espero a nadie. Vamos a ver. En seguida soy con ustedes.

MILAGROS Nosotras vamos al jardín a ver qué flores ha traído el Tío Vinagre.

ALFREDO Hasta ahora. *(Vase por la izquierda, seguida de Sebastiana.)*

ESCENA IX

MILAGROS y ENCARNACION

MILAGROS ¿Vamos?

VINAGRE Escucha un momento. ¿No te parece muy

significativo este exceso de atenciones, que cada vez más te prodiga don Alfredo?

MILAGROS — Son lógica consecuencia de su bondad, de su grandeza de espíritu...

SEBASTIANA — *(Con intención.)* ¿Nada más?

MILAGROS — ¿Qué iba a ser sino?

SEBASTIANA — Pudiera... haberse enamorado de tí.

MILAGROS — *(Riéndose ingénuamente.)* ¡Pero mamá, qué ocurrencias! ¿Por qué vamos ni a sospechar siquiera que lo que hace a impulso de una generosa gratitud oculte una pasión o un egoísmo [illegible] no es posible!

SEBASTIANA — Ya veremos.

MILAGROS — Anda, anda, vamos a ver esas flores. ¡Mi[illegible] don Alfredo y yo! ¡Ja, ja, ja!

SEBASTIANA — Sí, sí, ¡a mí con risitas! *(Vanse ambas por el foro.)*

ESCENA X

JUANITA, PEPITA, SEBASTIANA, ALFREDO y CANDIDO

(Por la primera puerta de entrada entran Alfredo, Juanita, Pepita, Cándido y Sebastiana. Juanita, Pepita y Cándido visten trajes propios de viaje. Sebastiana trae una maleta y una sombrerera, que se lleva por la derecha, en unión de los pequeños bultos de mano que sacan los anteriores personajes. Juanita es una chulilla desgarrada y desenvuelta, cuyos modales contrastan con la elegancia de su traje.)

ALFREDO — ¡Cómo me iba yo a figurar que érais vosotros!

CANDIDO — Así contestamos a tu amable carta, invitándonos a pasar aquí unos días.

ALFREDO — Que para mí serán encantadores. Pero chico, ¡qué sorpresa más extraordinaria! ¡Ha-

berte casado tú! Bueno, si no vienes con tu mujer, no lo creo.

PEPITA ¿Te ha extrañado, verdad?

ALFREDO Ya te digo que lo estoy viendo... y me parece mentira.

JUANITA *(Con desgarro.)* ¡Pues hijo, no creo que sea una cosa del otro jueves que un hombre feo y una mujer bien parecida se casen como Dios manda!

ALFREDO Ciertamente que no señora.

JUANITA ¡Vamos, hombre! ¿Qué pasa en Grecia?...

ALFREDO Yo, señora, no puedo decirla a usted lo que pasa en Grecia, porque lo ignoro, pero... mi sorpresa ha sido motivada exclusivamente, por creer a mi amigo Cándido sistemáticamente opuesto al matrimonio.

JUANITA ¡Ay qué gracia! ¡Y lo era!

CANDIDO *(Aparte.)* Y ahora todavía más.

JUANITA Pero los tiempos cambean. *(Contestando a un movimiento de contrariedad que hace Cándido.)* No seas litri... ya sé que se dice cámbian; pero a mí me suena más cambean, y lo digo así porque me da la gana.

CANDIDO *(Resignado.)* Bueno, mujer.

JUANITA Y ¡las cosas! Me conoció, le gusté, y como yo era muchacha como es debido, pues pa llegarse a mí, tuvo que hincar el pico y pasar por la Vicaría, que si no, ¡magras!

CANDIDO Total, que la diñó. *(Aparte.)* Me pondré a tono.

JUANITA No me creo que le haiga pesao... sé que se dice haya, pero a mí no me gusta así.

PEPITA ¿Por qué había de pesarle? Cándido ha encontrado en tí una esposa honrada, joven, bonita, cariñosa... ¡no creo que se pueda pedir más!

ALFREDO Naturalmente. El acoplamiento ya vendrá luego.

JUANITA Claro que yo no tenía ni linda perra...

ALFREDO — Valen mucho más las otras cualidades.

JUANITA — Pero él, en cambio, me lleva un cerro de años.

CANDIDO — *(Aparte.)* ¡Y no se ahogará!

JUANITA — Y, sin embargo, le quiero, porque aunque una no haiga tenido muy buenos principios, se sabe distinguir, y si Cándido me ha tocao en el sensible, más que ninguno de los chavales que a mí se han dirigido, es porque he apreciao en él que tié muy buen fondo, aunque así, al primer golpe, parezca un tirillas alumbrao.

PEPITA — Yo estoy satisfechísima.

ALFREDO — ¡Ah! ¿Sí?

PEPITA — Si esta boda es obra mía, ¡mi obra!, porque, en realidad, es lo único de provecho que he sabido hacer en mi vida.

CANDIDO — *(Aparte.)* ¡Pues te has lucido!

PEPITA — ¡Me da una alegría cuanlo les miro! Claro, la satisfacción. Antes me preguntaba yo a mí misma: Pero tu vila, ¿para qué sirve?, ¿qué representa? ¡Nada! ¡Pero ahora!... Ahora no le tengo envidia a nadie. Wilson dejará el teléfono; Romero de Torres, el cuadro de las lanzas; Benavente, el Rocafbole; Benlliure, el viaducto...

ALFREDO — Oye, que me parece que no relacionas.

PEPITA — ¿Y qué? Yo dejaré la mejor de las obras, la más difícil: ¡Un matrimonio feliz!

JUANITA — ¡Ele! Eso, que no lo mueva nadie.

CANDIDO — *(Aparte.)* ¡Qué campanillazo, le daba yo, al orador!

ALFREDO — Mi enhorabuena a los dos, porque creo sinceramente que han de ser muy felices.

PEPITA — Ten la seguridad. Juanita es una joya.

JUANITA — La Perla del Rastro me llaman. Que pregunten a todas las verduleras y a toos los limpiabotas de por Cascorro.

PEPITA — No hace falta. Si no fueras lo simpatiquísima que eres, no hubiéramos llegado a ha-

cernos tan buenas amigas como somos. *(A Alfredo.)* Y ahora tú dirás dónde nos alojas, porque quisiéramos arreglarnos algo.

ALFREDO — En seguida. *(Toca un timbre.)*

JUANITA — *(Acercándose a Cándido, que está contrariadísimo.)* ¿Pero qué leñe te pasa?

CANDIDO — Nada, mujer... el viaje... y la cabeza... que me duele la *chola*, como tú dices.

SEBASTIANA — *(Por la derecha.)* ¿Llamaba usté?

ALFREDO — ¿Dónde has llevado el equipaje de estos señores?

SEBASTIANA — Al cuartito que da al jardín. ¡Como ya me maliciaba yo que venían de temporá!...

ALFREDO — Muy bien; pero no te malicies más y acompaña a estas señoras.

PEPITA — Hasta ahora.

ALFREDO — Adiós. *(A Juanita.)* Mucho gusto en haberla conocido, señora.

JUANITA — Tantísimas *mersís*. *(Vanse por la derecha Juanita, Pepita y Sebastiana.)*

ESCENA XI

ALFREDO y CANDIDO

ALFREDO — ¡Conque casado!

CANDIDO — ¡Casado!

ALFREDO — ¡Antes que casarme, me pegaba un tiro! Esto es lo que decías antes.

CANDIDO — Sí, señor. Eso es lo que decía.

ALFREDO — ¿Y no te pegas el tiro?

CANDIDO — No, señor. Ni me lo pego, ni te le pego a tí, que sería lo más lógico.

ALFREDO — ¿A mí?...

CANDIDO — A tí, sí, que eres el culpable de que yo me haya casado.

ALFREDO — ¿Yo?

CANDIDO — ¡Tú, que con habernos llevado, aquella célebre noche, a recorrer tugurios, aficionaste de tal modo a Pepita a esas excursiones,

que cuando desapareciste de Madrid no tuve más remedio que acceder a sus ruegos y acompañarla en aquellos ajetreos idiotas... a estudiar tipos del natural, como ella decía... ¡Menudo tipo del natural ha caído sobre mí!

ALFREDO ¡Ja, ja, ja! ¿De modo que continuásteis las exploraciones?

CANDIDO ¡Floja es Pepita cuando se encaprieha de algo! Y como yo la debo ciertas atenciones económicas, que ya conoces... pues no hubo posibilidad de eludir el compromiso.

ALFREDO ¿Y os divertísteis?

CANDIDO ¡Horrores! Una noche me dieron un banquetazo en la cabeza... ocho días en cama... otra me quitaron el reloj... y otra, la más afortunada, conocí a Juanita.

ALFREDO ¿A tu mujer?

CANDIDO A mi mujer.

ALFREDO Cuenta, cuenta, que esto debe ser interesaste.

CANDIDO Pues... casi como aquella otra noche, en que tú conociste a Milagros. Tú hallaste tu aventura y yo la mía.

ALFREDO ¿Pero cómo fué?

CANDIDO Muy sencillo. Juanita que entra en el colmado donde estábamos a vender unos décimos...

ALFREDO Ah, ¿era vendedora?

CANDIDO Juanita, la Billetera. Un *as* de la reventa.

ALFREDO Bueno, ¿y qué pasó?

CANDIDO Pues nada, que entró, que surgió la bronca con unos borrachos, que Pepita me obligó a intervenir, en vez de llamar a los guardias, que hubiera sido lo prudente... ¿y para qué detallar?... Lo esencial es que Pepita se hizo muy amiga de Juanita, y con este motivo nos vimos diferentes veces... yo, tórtola inocente, creí que se trataría de una conquistilla sin consecuencias...

simpatizamos, me gustó, porque fea no es Juanita... y cuando ya quise recoger velas, me encontré con un hermanito que tiene mi señora, que es picapedrero huelguista desde hace diez y seis años, y sinvergüenza desde que nadió, pues vivía a costa de la muchacha...

ALFREDO ¿Y ahora de tí?

CANDIDO Naturalmente. El tío me empezó a hablar cariñosamente del honor de su hermana, de un cuchillo que tenía a afilar... la hermana de un frasco de dos litros de vitriolo químicamente puro, que no sabía en qué emplearlo... y no sé... el caso es que, entre ella, su hermano y Pepita, a quien le hizo mucha gracia esto de que yo me casara, y que además le dió por proteger a Juanita... cuando he quedado reflexionar me he encontrado casado; con una mujer que será muy buena, pero es más bruta que un tabique, un hermanito que me hunde a sablazos y otros cuatro hermanitos más chicos, que, además de costarme un dineral, tengo que tolerarles frases como «Tío Tiriti», «Ahí van mi hermana y su abuelo», «Sacúdase el anciano, etc., etc.

ALFREDO *(Riéndose.)* ¡Pues sí que estás divertido!

CANDIDO ¡Ni vivo ni descanso! ¡Ah! ¡Y esta es otra!... que ni dormir puedo, porque Juanita tiene el defecto de soñar a voces, y como rememora su antigua profesión, se me pasa las noches gritando: ¡El 17.425!... ¡El 1.221!... ¡A ver este bonito capicúa!...

Alfredo — ¡Ja, ja, ja! ¡Famosísimo! ¡Estupendo!...

Candido — ¡Y no te quiero decir las vísperas de sorteo! Se exacerba, ¡y ya es la locura! «¡Hoy sale, hoy!»... «¡El 40 pelao!» «¡El gordo»!... «¡¿A quién le voy a dar este pelao»!?... ¡Chico, me mata!...

ALFREDO ¡Ja, ja, ja! ¡Hombre, eso debe ser divertidísimo!

CANDIDO ¡Lástima no lo pases tú!... Y, además de ridícula y ordinaria, es celosa, de un modo, que hasta voy a afeitarme y me espera en la puerta.

ALFREDO Eso es cariño...

CANDIDO Eso es para estrangularla. Pretexté que tenía que hablarte de un asunto para ver de librarme de ella unos días, ¡y en seguida!, se me colgó del brazo y ya lo ves. Bueno, yo, a esta Pepita, que ha tomado mi matrimonio como chirigota para divertirse, no sé cómo [illegible] le voy un golpe...

ALFREDO ¡Ja, ja, ja! ¡Es que no te puedes figurar lo gracioso que resultas! Y tampoco puedes imaginarte el favor tan enorme que me has hecho viniendo a visitarme.

CANDIDO Hombre, ¿por qué?

ALFREDO Porque estoy escribiendo una comedia... me [illegible] un tipo gracioso [illegible] y [illegible] tú eres el tipo cómico. Tu matrimonio me dará de tres a cuatro escenas.

CANDIDO ¡Caray [illegible] que me saques a la vergüenza pública, encima de reirte de mi desgracia!

ALFREDO ¡Pobre Cándido!

CANDIDO Sí, sí, ríete, ríete... que por lo que me han contado, tú llevas el mismo camino.

ALFREDO ¿Yo?

CANDIDO ¡A ver! ¿No tienes aquí a aquella muchacha?...

ALFREDO En el jardín está.

CANDIDO *(Haciendo un guiño malicioso.)* Y... ¿qué?

ALFREDO ¿Cómo que... y qué?

CANDIDO *(Como antes.)* Que si... ¿eh?...

ALFREDO ¿Que si... qué?

CANDIDO *(Repitiendo el juego.)* Que si... ¿ya?...

ALFREDO *(Que ha comprendido desde el primer mo-*

menio, pero que se complace viendo los apuros de Cándido, que no se decide a preguntar con más claridad.) Mira, Cándido, Milagritos no es una muchacha como las que hemos tratado nosotros. Milagritos es una muchacha inocente y buena y...

CANDIDO *(Estallando.)* ¡Ja, ja, ja!

ALFREDO ¿De qué te ríes?

CANDIDO De que tú también te casas.

ALFREDO Yo no soy tan cobarde ni tan primo como tú.

CANDIDO *(Reventando de alegría.)* ¡Lo mismo que decía yo!... ¡Otro que se casa!... *(Canturreando.)* ¡Ay, que te casas, Alfredo... y que te casas también!

ALFREDO ¡No seas idiota, hombre!

CANDIDO ¡Si me parece de perlas!

ALFREDO *(Viendo a Milagritos que aparece en el foro.)* ¡Calla!... Ella.

ESCENA XII

DICHOS, MILAGROS y el TIO VINAGRE

MILAGROS *(Hablando con el Tío Vinagre, a quien da instrucciones, se detiene en la puerta del foro.)* Eso, eso. Y aquí, junto a la escalera, una fila de claveles. En el ángulo pone usted esa palmera, y arriba, en mi habitación, el tiesto grande de las magnolias.

VINAGRE Señorita, que ese tiesto pesa mucho, y como le pongamos arriba, se va a venir él sólo aquí abajo...

ALFREDO Milagritos.

MILAGROS Ah, oiga usted, Alfredo... *(Al ver a Cándido.)* Muy buenos días.

CANDIDO A los pies de usted.

ALFREDO *(Presentando.)* Mi amigo Cándido... Milagritos. No sé si recordarás de él.

MILAGROS — No sé...

CANDIDO — ¿Cómo va a recordar? Acompañaba a Alfredo la noche que se conocieron ustedes.

CANDIDO — ¡Ah!

MILAGROS — *(A Alfredo.)* Chico, con tu permiso, voy a asearme un poco.

ALFREDO — Ven, te indicaré tu cuarto.

CANDIDO — Tantísimo gusto, señorita.

MILAGROS — El gusto es mío.

ALFREDO — Hasta ahora.

CANDIDO — *(Aparte a Alfredo, mientras se dirigen hacia la derecha.)* Este *(Por el cuello.)* a que te casas.

ALFREDO — Este *(También por el cuello.)* a que no. *(Vanse por la derecha.)*

MILAGROS — *(Al Tío Vinagre.)* Nosotros a lo nuestro. Venga usted. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA XIII

SEBASTIANA, ANDRES y CARLOS

ANDRES — *(Dirigiéndose a Carlos, que entra tras él por la primera izquierda.)* Pase usted, compañero. *(Carlos es un joven bien vestido.)* *(Andrés a Sebastiana, que viene con ellos.)* Tú, Sebastiana, dile a la señorita que estoy aquí con el médico nuevo.

SEBASTIANA — Sí, señor. *(Aparte.)* No sé qué nesecía de melecinas tié la muchacha. *(Vase por el foro.)*

ESCENA XIV

ANDRES y CARLOS

CARLOS — *(Sonriendo.)* Ahora veremos si es tan bonita como usted dice.

ANDRES — Y un poco más. En esto de diagnosticar de guapas a las señoras, soy el amo. ¡Mire

usted que yo le he conocido... amistades a don Alfredo, de «vaya usted con el Todo Poderoso»... pero como esta chiquilla, ninguna. Yo no puedo hablar con ella sin tomar bromuro.

CARLOS ¿De modo que el señor escritor es mujeriego?

ANDRES ¡Anda!... Toda esta gente de pluma son buenos pájaros.

CARLOS Ya... ¿Y esa preciosidad es su última conquista?

SEGUNDA Aquí, para inter nos, me parece que ahora el conquistado es él.

CARLOS ¿Ah, sí?

SEGUNDA Claro. La chiquilla, que es viva como un rayo, se ha dado cuenta de lo mucho que le agrada a don Alfredo, y se trae con él un tira y afloja que deja en ridículo a los matasuegras... este hombre acaba cardíaco.

CARLOS Hasta que un día afloje más de la cuenta...

ANDRES ¡Quiá! Esta es tde las que saben que en cuestiones de amor la que fía pierde el parroquiano, y no anticipa más que deseos, que son el vehículo que lleva al matrimonio.

CARLOS Si no se vuelca...

ANDRES ¡Menuda madre tiene! Y no es que sea un ogro, que aún está bien flamencota.

CARLOS ¿También guapa?

ANDRES ¡Tiene un viaje a Madrid!; pero larga es...

CARLOS ¿Muy larga?

ANDRES Para echar merienda.

ESCENA XV

DICHOS y MILAGROS

MILAGROS *(Por el foro.)* ¿Otra vez aquí, doctor?

ANDRES Sólo a presentar a ustedes...

CARLOS ¡Milagros!...

MILAGROS ¡Carlos!... *(Quedan los dos emocionados y confusos.)*

ANDRES ¡Ah!, ¿se conocían ustedes?...

MILAGROS *(Azoradísima.)* Sí... sí, señor...

ANDRES *(Aparte.)* ¡Hombre, que yo me cuele en un diagnóstico, pase, pero en esto!...

CARLOS *(Aparte a Andrés.)* ¡Don Andrés, le ruego, en nombre del compañerismo, de la amistad o de lo que usted más quiera, que me deje sólo un momento con ella.

ANDRES ¿Conque... era ella?... Sí, hombre, sí... y hasta entretendré a la familia. *(A Milagros.)* Con su permiso... voy a ver si su mamá quiere que completemos el reconocimiento.

MILAGROS ¡No vaya usted ahora, don Andrés!

CARLOS ¡Sí, déjenos!

ANDRES ¿En qué quedamos?

CARLOS ¿Por qué temes hablar conmigo?

MILAGROS ¡No tengo nada que temer de nadie! *(A Andrés.)* Vaya usted.

ANDRES ¡Vaya, vaya!... *(Aparte mientras se dirige al foro.)* ¿Conque era ella?... Bueno, cuando va a ser ella es cuando se entere el otro. *(Vase por el foro.)*

ESCENA XVI

MILAGROS y CARLOS

MILAGROS ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me buscas, cuando hace bien poco huiste de mi lado?

CARLOS No huí, Milagros. Me apartaron de tí a la fuerza.

MILAGROS ¡A la fuerza, a un hombre que quiere!...

CARLOS ¡Como no se puede querer más!

MILAGROS ¡Calla! ¿Qué sabes tú de eso?

CARLOS ¡Más que nadie... más que tú!

MILAGROS ¡Déjame, Carlos, déjame! Alguna excusa habías de dar a tu comportamiento.

CARLOS Excusa, no, verdad. Mis padres se opo-

nían rotundamente a nuestras relaciones; yo carecía de medios propios para valerme por mí, para ayudarte... hasta me faltaban unos meses para terminar la carrera. ¿Qué pude hacer? Transigir con lo que me mandaban, y fuí a Zaragoza, dispuesto a obtener el título, cuanto antes, para volar a tu lado.

MILAGROS ¿Y todo esto no has podido escribírmelo?

CARLOS Varias veces lo hice y jamás tuve contestación.

MILAGROS ¿Que me has escrito?...

CARLOS Sin cesar... hasta que averigüé...

MILAGROS ¿Qué

CARLOS Que tú... que habías aceptado la protección de un hombre... que con él habías salido fuera de Madrid... quise saber el nombre de tu protector, indagar tu paradero, y o / por compasión... Sufrí, maldije mi sino, 3 no supieron decírmelo, o me lo ocultaron 2 me desesperé, y cuando para olvidarte vi- 4 ne a este pueblo, la fatalidad me pone delante la prueba de tu falsía, encontrándote en la casa de un hombre con quien no te une ningún grado de parentesco.

MILAGROS ¡¿Pero insensato, qué dices?!... ¿Has sospechado que yo?... ¡Dios mío!...

CARLOS ¿Qué quieres que piense?

MILAGROS ¡Vete, Carlos, vete!... ¡Has muerto para mí! ¡Todo lo que te quería, todo lo que... lo que te quiero... *(Reaccionando.)* ¡No!... ~~do.) ¡No!... porque ya te ¡odio!... ¡ha~~ porque ya te ¡odio!... ¡no siento por ti más que odio... odio y desprecio!

CARLOS ¡No, eso no puede ser!... Escucha...

MILAGROS Escucha tú. Aunque no te mereces una explicación, ¡por mí, quiero dártela! Este caballero, el dueño de esta casa, es un hombre de bien, que cuando la familia y los amigos más íntimos nos volvieron la

espalda en la adversidad, acudió en nuestro auxilio generosamente.

CARLOS (*Con malicia.*) ¿Sin esperar ninguna recompensa?

MILAGROS Sin esperarla. Para pagar una deuda de gratitud contraída con mi padre.

CARLOS Leve era el compromiso.

MILAGROS Siempre se encuentra la ayuda en el menos obligado a darla.

CARLOS Sí... tendrás razón, Milagritos... si yo quiero creer... pero comprende...

MILAGROS No escucho más, Carlos. Hemos terminado.

CARLOS No, eso no... Perdóname... te ofendí... ¡pero es que estoy loco!... ¡es que te quiero cada día más!

MILAGROS ¡Vete!

CARLOS ¡Si tú eres buena!... ¡si no dudo de tí!... ¡pero ese hombre!... no es el alma generosa que tú te figuras.

MILAGROS ¿Qué sabes tú?

CARLOS Lo sé. Es un hipócrita.

MILAGROS ¡Calla!

CARLOS Que, amparándose en una falsa filantropía, sólo trata de perderte.

MILAGROS ¡Mientes... mientes!... ¡Ese hombre es incapaz de ninguna mala acción!

CARLOS ¡Es un canalla!

MILAGROS ¡No te consiento!...

CARLOS ¡Milagros!... ¿Pero es que quieres a ese hombre?...

ESCENA XVII

DICHOS, ENCARNACION, SEBASTIANA, CANDIDO y ANDRES

ALFREDO (*Por el foro, desde donde ha escuchado el final de la anterior escena.*) Si le es a usted lo mismo, yo le contestaré.

MILAGROS ¡Alfredo!...

ENCARNACION *(Por el foro, acompañada de Andrés y seguida de Sebastiana y Cándido.)* ¿Pero qué sucede? *(Viendo a Carlos.)* ¿Usted?... ¡Qué

ALFREDO sorpresa!

(Acercándose a Carlos, que está en primer término izquierda, en voz baja, pero con energía.) Por encontrarme en mi casa y por respeto a estas señoras, no puedo contestar a usted lo que seguramente sabrá dar-

CARLOS se por contestado.

(En igual tono.) Siempre he respondido de

ALFREDO mis palabras.

Tendrá usted noticias mías. *(En voz alta.)* Sebastiana, acompaña a este caballero. *(Mutis por la izquierda de Sebastiana y Carlos, que saluda a las señoras con una*

ENCARNACION *inclinación de cabeza.)*

(Desde el fondo, donde está con Milagros, Cándido y Andrés.) ¡Qué disgusto, don

ALFREDO Alfredo.)

Lo único lamentable es lo que pueda ha-

ANDRES ber afectado a Milagritos.

(A Encarnación.) Un poco de tila y que

ALFREDO descanse.

ANDRES Sí, llévala a su cuato.

(Aparte, mientras acompaña a Milagros y Encarnación, que hacen mutis por la escalera.) ¡Caracoles con el compañerito! ¡Viene pegando!

ESCENA FINAL

ALFREDO Y CANDIDO. LUEGO JUANITA

(En cuanto se quedan solos Alfredo y Cán-

ALFREDO *dido, éste rompe a reir estrepitosamente.)*

CANDIDO ¿De qué te ríes?

De que tú estás peor que yo. Porque a mí ya me han ahorcado, es verdad... pero tú,

a más de este peligro *(Indicando con el pulgar y el puño cerrado hacia donde salió Milagros.)* tienes este otro *(Indicando de igual modo hacia donde salió Carlos.)*

ALFREDO ¿Qué quieres decir con esos jeribeques?

CANDIDO *(Imitando los gestos que hizo Cándido.)* Pues hombre, muy sencillo. Que por un lado el pollo ese, te va a atizar candela, y por otro, Milagritos te lleva de cabeza ante el altar... vamos... te engancha por la corvi, como diría la rabanera de mi mujer.

JUANITA *(Que ha salido un momento antes, a tiempo de oir la última frase, se acerca rápida a Cándido y le da un fuerte pellizco.)*

CANDIDO ¡Ay!...

JUANITA ¿Conque la rabanera, eh? ¡Ladrón! *(Nuevos pellizcos.)* ¡Charrán!

CANDIDO ¡Ay, ay, ay!

JUANITA ¡Anda, granuja... ya te daré yó rábanos... mamarracho! *(Se le lleva a empellones por la derecha. Cándido sale lanzando ayes de dolor.)*

ALFREDO *(Riendo.)* ¡Pobre Cándido! *(Poniéndose ya serio.)* ¿Pero... tendrá razón en lo que dice?... No... ese *(Señalando a la izquierda, por donde salió Carlos.)* me le quitaré de enmedio mañana mismo, y en cuanto a Milagritos, muy pronto leerá la comedia terminada y... ya veremos luego lo que ocurre.

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración e igual disposición escénica que en el acto anterior, salvo algunos tiestos con plantas y flores, colocados en los peldaños que se ven de la escalera, o donde sea más conveniente para el juego escénico.

ESCENA PRIMERA

SEBASTIANA, el TIO VINAGRE y TELESFORO

(Al levantarse el telón, el Tío Vinagre entra por el foro con un tiesto que va a colocar junto a los otros. Sebastiana, en primer término, contempla el trabajo.)

SEBASTIANA ¡Pues no ha traído usté tiestos ni na que se diga!

VINAGRE Los que ha mandao el señorito.

SEBASTIANA ¡Buenos dineros le costarán!

VINAGRE Cuando a un hombre le da por una mujer, toos los vegetales le paecen pocos. *(Se oye un gran estrépito de voces y golpes en los muebles hacia la derecha.)*

SEBASTIANA ¿Pero qué pasa?

VINAGRE Que también al matrimonio ese toas las cosas arrojadizas les paecen pocas pa estam-

¡párselas en la caeza. ¡Se arrean cáa leñazo!... Bueno,... ella a él... porque lo que es el pobre, no hace más que chillar. *(Se oye el ruido de un objeto pesado que se desploma al suelo.)*

SEBASTIANA ¡Jesús!

VINAGRE ¡Releñe! ¡Pos está güena la casita pa resistir esos zurríos!

TELESFORO *(Entra por el foro indignadísimo.)* ¡Esto tié que verlo don Alfredo! ¡Reporra, que m'ha pasao rozando las narices!

VINAGRE ¿Pero, qué?

TELESFORO Na; la forastera, la mujer del don Juan Lanas ese, que ha tirao al jardín el tintero de bronce que estaba en ese cuarto. *(Indica la derecha.)*

SEBASTIANA ¿Ése que tié un hombre a caballo, encima?

TELESFORO Ese.

SEBASTIANA ¡Pues no ha tirao más que el Cid! ¡Con lo pesao que es!

TELESFORO Será pesao, pero ha salio volando. A la cuenta, se le quería tirar a su marido.

VINAGRE ¡Pues miá si lo agarra!

SEBASTIANA ¡Que salen, tú!

TELESFORO ¿Cuándo querrá Dios que se larguen?

SEBASTIANA ¡Sí que es gabarrioso esto de tener huéspedes!

TELESFORO A mí no es que me molesten mayormente, pero digo lo que mi agüela:

«Vengan huéspedes a casa,
por el gusto que me dan,
cuando se van.»

(Vanse Telesforo y Vinagre por el foro y Sebastiana por la izquierda.)

ESCENA SEGUNDA

PEPITA, JUANITA y CANDIDO

CANDIDO *(Entra por la derech,a como lanzado por*

una catapulta, da un gran traspiés, y al ir a apoyarse en una silla, está a punto de caerse.) ¡Esto es intolerable!... ¡Insostenible!... ¡Me separo de ti!...

JUANITA *(Por la derecha, seguida de Pepita, yendo a él amenazadora.)* ¿Pero qué hablas tú de separarte?...

CANDIDO *(Bajando el tono y ya, con humildad.)* Que me separo de ti... que me voy a sentar un poco más lejos... *(Creciéndose de nuevo un poquito.)* ¡Que no puedo escucharte más!

PEPITA Calmaos, por Dios.

CANDIDO ¿Pero tú crees que yo puedo tolerar que mi mujer destroce el mobiliario de un amigo?

JUANITA ¿Y yo voy a aguantarme que me insultes?

CANDIDO ¿Que yo te he insultao?

JUANITA ¡Clarinete!... ¿No me has llamao *jocosa*?

CANDIDO Ah, ¿y jocosa es un insulto?

JUANITA ¡Si, señor! Suena muy mal.

PEPITA No, mujer; si eso quiere decir que eres alegre.

CANDIDO ¡Clarinete!

JUANITA Bueno, pero es que me ha dicho otra porción de sandeces.

CANDIDO ¡Eso de sandeces!...

JUANITA ¡Sandeces, idioteces y majaderieces!

CANDIDO ¡Juanita!...

JUANITA *(Desafiándole.)* ¿Qué pasa en Grecia?

CANDIDO ¡La ha tomado con el pueblo heleno!

PEPITA Vamos, Juanita, no te acalores.

JUANITA ¡Es que me *inrita* este papanatas!

CANDIDO ¡Yo no soy papanatas!

JUANITA Pues se lo creería un ateo. ¡Porque hay que ver si hace falta estar mochales pa venirse con la copla de que yo le vaya a pedir perdón a esa señora... ¡En seguidita!... Ja, ja.

CANDIDO — Porque la has ofendido y la has pegado injustamente.

PEPITA — En eso tiene razón. Te excediste, Juanita. No era para tanto.

ALFREDO — ¡Pero no me vengáis a mí con músicas! Yo me tiré como una fiera a arañar y a morder y a zurrar a esa mujer, porque estaba coqueteando con mi marido.

CANDIDO — ¡Falso!

JUANITA — Falso, tú, y ella, con hoja por lo menos.

PEPITA — Tienes razón; pero, de todas maneras, eso no justifica lo que has hecho a esa señora.

CANDIDO — ¡Naturalmente! ¿A qué ha conducido?...

JUANITA — A que sepa que eres casado.

CANDIDO — Pues para eso, con haberla enseñado la cédula...

JUANITA — ¡No me gastes guasas, Cándido!

CANDIDO — ¡Sí, para guasas estoy yo, con el jaleo en que me has metido! Apenas si me he repuesto de la impresión que me produjo el desafío de Alfredo, y ya me veo enredado en otro duelo! ¡Y ahora, no de testigo, sino de protagonista!

JUANITA — ¿Y qué culpa tengo yo

CANDIDO — ¡Pues no sé quién! ¡Y que el esposo de la señora ofendida no es como el mediquillo ese, que daba pena ver cómo jugueteaba con él, Alfredo!

PEPITA — ¿Ah, sí?

CANDIDO — Como que no le mató sesenta y tres veces porque Alfredo es un hombre generoso y magnánimo, y se conformó con hacerle un arañazo insignificante, mucho más leve que los que me hace a mí Juanita, sin necesidad de ir al terreno.

PEPITA — ¡Es un corazón de oro!

CANDIDO — El, sí; pero mi adversario lo tiene de caoba, y es un espadachín formidable, que ya ha matado a dos. Además, está iracundo. ¡Y vamos, que yo no me pongo delante de

un tío que ya ha matado a dos y está iracunlo, para que me ensarte como a un buñuelo, por donde mejor le parezca!

JUANITA *(Conmoviéndose.)* No, eso no.

CANDIDO Pues o te excusas con su señora...

JUANITA ¿Humillarme yo a esa bruja? ¡Piscis! Después de to, ¿qué tiene?

CANDIDO La cara hecha una lástima.

JUANITA ¿Que la he pegao? ¿Que la he mordído? ¿Que la he arañao? ¡Pues si es mujer, si tié coraje, que venga ella a mí y que haga lo mismo!

CANDIDO *(Sin poderse contener.)* ¿Por qué no será un miura esa mujer?

PEPITA ¡Cándido!

JUANITA Dice bien Cándido. ¿A qué mezclar a los hombres? ¿Que yo la he zurrao?... ¡Pues duro conmigo!

CANDIDO ¡Duro, duro! ¿Y qué menos que haberte dado un palo o un tiro?

PEPITA Pero hombre, ¿qué dices?...

JUANITA Dice la *fetén*. Que la mujer que tié algo, según se va a mano izquierda *(Por el corazón.)*, no compromete nunca a su marido. ¡Claro que es, cuando se le quiere! Y esa lagartona, ¿qué va a querer al suyo, como yo al mío?

CANDIDO Sí; tú me querrás un disparate; pero, por no ceder, me expones a que me asesinen.

JUANITA *(Conmovida.)* ¡Te he dicho que no! Yo no acepto la condición que pone ese hombre, de ir a pedirle perdón a su mujer, pero tampoco voy a consentir que tú te batas.

CANDIDO Pues no hay más que dos caminos. O pedir perdón o el duelo.

JUANITA Hay otro camino.

CANDIDO ¿Cuál?

JUANITA El que va a la estación.

CANDIDO *(Encantándole la idea.)* ¡Oye, que tienes

razón!... ¡Y con un arbolado hermosísimo!... Claro que eso de huir... y luego Alfredo...

PEPITA — Y todo el mundo que se reirá de tí.

JUANITA — ¡Pues que se rían! ¡Con reirnos nosotros de ellos, pata! Todo antes que exponer yo a mi Cándido a que un tío facha me lo perniquiebre.

CANDIDO — ¡Y que mi adversario es el Presidente del Tiro de Pichón de Cartagena! ¡No te digo más!

JUANITA — ¡Qué horror! ¡Que tirará!...

CANDIDO — ¡Bueno! Que despluma un pájaro en el aire a tiros!

PEPITA — ¡Qué bárbaro!

CANDIDO — ¡Y servirle yo de pichón!...

JUANITA — ¡Nada, nada, a Madrid! Ahora mismo vamos a preparar el equipaje.

CANDIDO — Sí, vamos.

PEPITA — ¿Pero vas a marcharte así?

CANDIDO — ¿Y qué voy a hacer, Pepita? ¡Que se trata del pellejo!

JUANITA — *(Muy tierna.)* ¡Matarte a tí ese tío!... ¡Bastante daño nos ha hecho ya, que él ha sido la causa de que yo regañara antes con mi cielo!... *(Abrazándole.)* ¿Verdad, vida?

CANDIDO — Verdad.

PEPITA — *(Aparte.)* Vaya, ¡menos mal!

JUANITA — *(Abrazada a Cándido, mientras se dirigen hacia la derecha.)* ¡Mi negro!... ¡Encanto!... ¡Pichón mío!...

CANDIDO — ¡No! ¡Pichón, no!... Llámame lo que quieras, pero pichón, no. Se me ha hecho odioso ese volátil. Palabra. *(Vanse por la izquierda.)*

ESCENA III

PEPITA y ANDRES

¡Pobre Cándido! ¡Le van a matar las emo-

PEPITA — ciones! Bueno, y a mí me han rendido, porque me paso el día separándolos y reconciliándoles. No deja de ser trabajo. *(Por la izquierda.)* Nada, que yo aprendo.

ANDRES — ¡Que tengo que aprender! Porque esto de no saber decir «no», va a ser mi ruina. Antes el duelo, ahora el recadito para la señorita esta... ¿Pero por qué seré así? ¡Con lo fácil que es decir «no»... pues nada... no puedo.

PEPITA — *(Viendo a Andrés.)* ¡Con qué oportunidad llega usted, doctor!

ANDRES — Ah... ¿usted, señorita?... ¡qué suerte la mía!... ¿cómo está usted?

PEPITA — Regular nada más. Por eso dije lo de la oportunidad. No me encuentro bien.

ANDRES — Vaya, me alegro...; claro que de llegar oportunamente.

PEPITA — Me lo imagino.

ANDRES — Sí, claro... yo también... muchas gracias... *(Aparte y comiéndosela con los ojos.)* No coordino yo muy bien delante de esta señorita.

PEPITA — Siéntese usted.

ANDRES — Con su permiso. *(Se sientan.)*

PEPITA — Antes de nada. ¿Usted sabe dónde está ahora Alfredo?

ANDRES — Cambiándose de ropa. Como de aquí salió en traje de caza por no alarmar a Milagritos...

PEPITA — Sí, ya lo sé; pero Cándido ya hace un buen rato que regresó, y aunque por él sé que no ha ocurrido nada, estoy algo impaciente.

ANDRES — Pues tranquilícese usted, porque es que le ha entretenido el farmacéutico, que fué el otro testigo, y quien facilitó el botiquín, obligándole a escuchar la lectura de una comedia que tiene escrita.

PEPITA — ¿Pero también es autor el boticario?

ANDRES ¡Vaya! Un Pirandello rural. «Seis botones en busca de un chaleco» se titula. Pero bueno, dejemos esto, ya que, afortunadamente, no ha habido desgracias que lamentar, y vamos a enterarnos de lo que a usted le sucede.

PEPITA Pues verá usted. Es algo raro. Realmente, no me duele nada; pero siento una dejadez... y luego de pronto me entra un frío... y después un calor...

ANDRES ¿Y luego?

PEPITA Luego, ni frío ni calor.

ANDRES Como en primavera.

PEPITA Eso.

ANDRES ¿Come usted bien?

PEPITA ¡Pse! *(Como diciendo ni bien ni mal.)*

ANDRES ¿Duerme usted bien?

PEPITA ¡Pse! *(Idem.)*

ANDRES ¿Qué quiere decir ¡pse!?

PEPITA Pues eso... que ¡pse!

ANDRES ¡Ah, ya. Bueno, procedamos por orden. En cuestiones de diagnóstico, yo mantengo este axioma. Díme qué padecieron tus antepasados y te diré lo que padeces. ¿De qué murió su papá de usted?

PEPITA De nada, porque no se ha muerto.

ANDRES Caramba, ¡qué contrariedad!... porque era un dato... ¿Y su mamá?

PEPITA Está viva y sana.

ANDRES ¡Vaya por Dios! Algún abuelito...

PEPITA Me viven los dos.

ANDRES *(Molesto.)* Bueno, tiene usted una familia de cemento armado. ¡Qué barbaridad! En fin, su padre de usted tendrá algo... reumatismo... diabetes... tuberculosis...

PEPITA ¡Quiá! Es un hombre muy robusto. Ya ve usted, casi siempre está de viaje... es marino mercante, y si no fuera por un amigo íntimo de casa... otro marino, el capitán Larrañaga, mi pobre madre se habría

pasado la vida bien sola... gracias a que Larrañaga no la dejaba un minuto.

ANDRES — Ah, ¿sí? ¿Y cómo estaba de salud el capitán Larrañaga?

PEPITA — Divinamente. Pues, como decía, mi padre...

ANDRES — Deje usted a su padre. Hablemos de Larrañaga. O, mejor dicho, no hablemos más de eso, porque veo que por lo hereditario no sacamos nada. Voy a reconocerla, si usted me lo permite.

PEPITA — Con mucho gusto.

(Andrés saca del bolsillo un estetóscopo del modelo que se compone de un auricular redondo, parecido a los de teléfonos, con dos tubos de goma terminados en dos olivas de caucho que se introducen en los oídos. Se le coloca y empieza a auscultar a Pepita, colocando el auricular en la parte baja el cuello y en varios sitios de la espalda.)

ANDRES — Vamos a ver... los pulmones están perfectamente... al menos con el aparato no percibo... para mayor seguridad, permítame usted. *(Se guarda el aparato, y sujetando a Pepita por el talle, aproxima la cabeza, primero a un lado del pecho y luego a la espalda.)*

PEPITA — A veces, tengo algo de fatiga.

ANDRES — *(Aparte.)* ¡Madre mía, qué mullido!

PEPITA — En cuanto ando un poco...

ANDRES — Haga usted el favor de contar en alta voz.

PEPITA — ...me canso mucho.

ANDRES — Pues cuente despacio.

PEPITA — No, si digo cuando ando.

ANDRES — Ah, pues cuente, cuente.

PEPITA — Uno, dos, tres, cuatro...

ANDRES — Siga.

PEPITA — ¿Hasta cuásto?

ANDRES — Hasta cinco mil. Digo... hasta que yo avise.

PEPITA — Cinco, seis, siete...

ANDRES (*Aparte.*) ¡Qué mujer!

PEPITA ...ocho, nueve...

ANDRES ¡Es un sueño!

PEPITA ...diez, once, doce...

ANDRES ¡Me quedo dormido!

PEPITA Trece, catorce, quince. Bueno; ¿pero es que me examina usted de salud o de aritmética?

ANDRES Ya, ya termino. Bueno, pues nada.

PEPITA ¿Qué? ¿Me encuentra usted algo?

ANDRES Bastante...

PEPITA ¿Ah, sí?

ANDRES ...bastante energía en la respiración. Me gustan los pulmones. Aquí no hay lesión. El pulso debe estar también normal. (*La toma la mano y se la acaricia con las suyas.*) (*Aparte.*) ¡Terciopelo, pero del más caro! (*Alto.*) ¡Sí, normal. A ver la lengua. (*Pepita saca la lengua.*) (*Aparte.*) ¡Ay, qué boquita pone!... ¡qué lengueciita más sonrosada! (*Alto y poniéndole las manos sobre los hombros, para examinar mejor la lengua.*) Hay que fijarse, porque en la medicina no se debe ir a tientas.

PEPITA No se debe, pero se va. (*Rechazándole suavemente.*) Bueno, ¿qué ha visto usted?

ANDRES ¡Una preciosidad de boca!

PEPITA ¡Doctor!...

ANDRES Higiénica, sana...

PEPITA Pero si todo está bien, ¿cómo me canso ya tanto?

ANDRES Quizá algo de neurastenia... o tal vez medular... Comprobaremos. Tenga la bondad de colocarse un poco más allá y sosténgase en un solo pie.

PEPITA ¿Como las grullas?

ANDRES ¡Je, je! Es una comprobación científica. Doble un poco la rodilla.

PEPITA ¿Así? (*Al hacerlo descubre un poco más la otra pantorrilla.*)

ANDRES — Doble más. *(Aparte y levantándose.)* ¡Doble más gordas que las de mi mujer!... ¡Qué hermosura! *(A ella.)* Nada, que está usted de primera.

PEPITA — Pues yo me encuentro mal.

ANDRES — A ver los ojos. Tenga usted la bondad de cerrar y abrir los ojos, repetidas veces. *(Pepita lo hace.) (Aparte.)* ¡Lo que tarda en echar los cierres! Claro, ¡hay que ver el tamaño!

PEPITA — ¿Pero esto para qué es?

ANDRES — Para perder el sentido... fisiológico. Ya se lo explicaré.

PEPITA — ¿Y tampoco tengo nada en los ojos?

ANDRES — ¿Qué va a tener usted? Si ahí hubiera algo, ¡se haría ceniza con el fuego de esos dos tizos!

PEPITA — ¡Pero don Andrés!

ANDRES — ¡Yo no he visto unos ojos más retrecheros! Usted, si padece de algo, que eso ya lo veremos en otro reconocimiento más detenido, es de anemia incipiente, debida, sin duda, a la orientación de la casa donde habita uste en Madrid... claro... porque si no entra el sol... ¿en qué calle tiene usted su domicilio?

PEPITA — *(Comprendiendo la intención de Andrés.)*

PEPITA — ¿Es muy necesario ese dato para el diagnósótico?

ANDRES — Imprescindible.

PEPITA — Pues vivo en la calle de Serrano.

ANDRES — *(Aparte.)* ¡Ay, su cuerpo serrano! *(Alto.)* ¿En la acera de allá?

PEPITA — Según donde usted se coloque.

ANDRES — ¡Yo me coloco donde usted me mande!... y esto lo digo porque si mira al Norte es muy distinto que si mira...

PEPITA — Que si mira... para Murcia, ¿no?

ANDRES — ¡Pepita, por Dios!

PEPITA ¡Ja, ja, ja!... ¿De modo que le interesa a usted mi domicilio?

ANDRES ¿A qué negarlo? Me interesa su domicilio. Es decir, no, su domicilio, no; me interesa usted, ¡me gusta usted!, ¡me he enamorado de usted!, ¡me trae usted loco!

PEPITA ¡Ja, ja, ja! No le creía a usted tan impulsivo.

ANDRES Señora... es la primera vez que me sucede. *(Con solemnidad.)*

PEPITA ¿La primera? ¿Y cuándo va usted a Madrid por termómetros?

ANDRES ¡Ah!, ¿pero usted sabe?...

PEPITA ¡Y me ha hecho muchísima gracia! Cándido me lo ha referido.

ANDRES *(Aparte.)* ¡Qué idiota!

PEPITA Y que está usted esperando de un momento a otro el consabido telegrama: «Recibidas novedades termómetros. Máxima o mínima, según sea rubia o morena.» ¡Ja, ja, ja! Ya ve usted que estoy en el secreto. *(Ríe.)*

ESCENA VI

DICHOS y JUANITA

JUANITA *(Que ha entrado por la derecha, queda observando.)*

ANDRES Pepita, yo...

PEPITA ¡Ja, ja, ja!

ANDRES Es cierto, no lo niego, pero eso no quita...

JUANITA *(Acercándose.)* Eso no quita pa que sea usté un desahogao.

ANDRES ¡Señora mía!...

PEPITA ¡Pero Juanita!... ,, ,,

JUANITA ¡Pero narices! ¡A ver si también se va a tragar una esto de ver cómo un hombre casao se ríe así de su señora...

ANDRES Le aseguro a usted...

JUANITA — Yo sí que le aseguro a usted que antes de irme se lo he de contar a su mujer.

ANDRES — ¡No, señora, por Dios, por lo que usted más quiera!...

PEPITA — ¡Pero oye, tú! ¿Qué es lo que te figuras? Si no hacía nada de particular.

ANDRES — ¡Claro

PEPITA — Total, que me estaba reconociendo.

ANDRES — ¡Naturalmented

PEPITA — Y que, aprovechando el reconocimiento...

ANDRES — ¡Claro!

PEPITA — Me estaba haciendo el amor.

ANDRES — *(Aparte.)* ¡Atiza!

PEPITA — Dos pájaros de un tiro.

ANDRES — *(Aparte.)* ¡De un tiro que yo te daba, charlatana!

PEPITA — *(A Juanita.)* Pero tú te callas, y no armes líos.

ANDRES — Eso, usted se calla.

PEPITA — ¿Yo qué me voy a callar? Ya sé yo que tú no le hacías caso. ¡Pues sí que es un tipo! ¡Si paece una cuba con los aros flojos! Lo que le voy a contar a su mujer es lo de los termómetros.

ANDRES — *(Aparte.)* ¡Pero que todo el mundo sabe lo de los termómetros! *(A Juanita.)* ¡Señora, que me busca usted un infierno! ¡Que es la intranquilidad y la ruina de una familia!

JUANITA — ¡Algunas ha buscao usté en esta vida!

ANDRES — ¿Yo?

JUANITA — Usté, que ha sido el que ha preparao el desafío de don Alfredo, y ahora se ha empeñao en que se bata mi marido.

ANDRES — Señora, yo me he limitado a hacerle el favor de servirle de padrino.

JUANITA — ¡Valiente favor y valiente padrino! Pero se lleva usted chasco, porque mi Cándido no se bate. ¿Venía usted a hablarle de eso, verdad?

ANDRES — Claro.

JUANITA — Pues turbio. Hablará usté con él. Ahora saldrá, y se lo repetirá él mismo. ¡Que no se bate ni a tiros! ¡Que nos marchamos de aquí! ¡Que no *nesecitamos* los favores de ningún carnicero sin entrañas!

ANDRES — ¡Pero señora!... ¿qué dice usted?

PEPITA — ¡Juanita, por Dios!

JUANITA — *(A Andrés.)* ¡Carnicero! *(Vanse las dos por la derecha.)*

ANDRES — ¡Esto no le pasa a nadie más que a mí! Por meterme en lo que no me importa... por no decir que no .. ¿será capaz esta arpia?...

ESCENA V

ANDRES y MILAGROS

MILAGROS — *(Que baja agitadísima por la escalera.)* ¡Dios mío!... ¡Ah! Don Andrés...

ANDRES — Señorita.

MILAGROS — ¡Por caridad! ¿Usted sabe lo que ha sucedido? ¿Dónde está Alfredo?

ANDRES — ¡Calma, Milagritos!

MILAGROS — ¡Usted lo sabe! Desde la ventana he oído hablar a los criados de un duelo entre Alfredo y...

ANDRES — Y Carlos, sí. Pero tranquilícese.

MILAGROS — ¡No me oculte la verdad, por dolorosa que sea!

ANDRES — ¡Pero por Dios, Milagritos, que no ha sucedido nada!

MILAGROS — Hablaban de una herida...

ANDRES — Un arañazo, que de puro insignificante, ni me acuerdo cuál de los dos adversarios lo tuvo. Y espérese usted, que puede que sea alguno de los testigos.

MILAGROS — ¿De modo que Alfredo?...

ANDRES — Antes de cinco minutos le verá usted aquí.

MILAGROS ¿Entonces ha sido Carlos?... ¿Acaso muerto?...

ANDRES ¡Que no, carapi! ¿Cómo va a estar muerto Carlos, cuando precisamente vengo yo aquí con un encargo... pero bueno, es que con estas nerviosidades me ha puesto usted de una forma... que yo me había estudiado un preámbulo, para decirla poco a poco que mi joven compañero desea celebrar con usted una entrevista y ya... ¡toma, y ya!... ¡pues que se lo he dicho!

MILAGROS ¿Que Carlos quiere?... ¡Después de haberme ofendido tan cruelmente!

ANDRES Señorita, yo he admitido este encargo, que no se puede hacer más que por un hijo, porque, aparte del compañerismo me lo ha suplicado de tal modo, que hubiera conmovido a un autobús. ¡Trémulo, con los ojos llenos de lágrimas... ¡y después de confesarme la pasión que siente por usted!

MILAGROS *(Con mentida energía.)* ¡No!... ¡No puedo!...

ANDRES Quiere pedirla perdón antes de salir del pueblo.

MILAGROS ¿Se va?

Sí. Es una caridad que a usted a nada compromete. Caso de que acceda, en cuanto yo le lleve el recado... sino, yo mismo le acompañaré... y allí, en la puerta del jardín, cambian ustedes dos palabras... un apretón de manos... y a seguir cada cual su vida. «No me guardes rencor»... «que seas feliz». «Igualmente»... «Sería nuestro sino», etc., etc. ¿Qué le digo?

MILAGROS Sí, tiene usted razón. Hablaré con él.

ANDRES Pues en seguidita.

MILAGROS Ahora, que la que no debe continuar aquí soy yo, y mañana mismo saldré de esta casa.

ESCENA VI

DICHOS, ALFREDO y CANDIDO

(Alfredo entra por la izquierda.)

MILAGROS *(Acercándose a él, conmovida.)* ¡Alfredo!... ¡Cómo me ha engañado usted!

ALFREDO ¿Ya te han enterado?...

ANDRES Ya. *(Entra Cándido por la derecha.)*

MILAGROS ¡Lo que ha podido suceder por causa mía!

ALFREDO Ya ves que nada. Era muy difícil. Soy un poquito diestro en las armas.

MILAGROS Usted,, sí; pero él...

CANDIDO Con permiso. *(A Andrés.)* ¿Hace usted el favor, amigo?
(Algo azorada.) No se molesten ustedes, que yo les dejo. Tengo que hablar con mamá. Hasta ahora. *(Hace mutis por el foro.)*

ESCENA VII

ALFREDO, CANDIDO y ANDRES

CANDIDO *(Refiriéndose a Milagritos.)* Ya habrás visto...

ALFREDO *(Seco.)* He visto.

CANDIDO Ese, «usted, sí, pero él»... es todo un poema.

SEGUNDA ¿Te parece a tí?

CANDIDO ¡Claro! Ten la seguridad de que Milagritos no ha olvidado a su antiguo novio.

ANDRES Yo opino como don Cándido.

ALFREDO *(Sombrío.)* Quizá. *(Se sienta junto a la mesita de trabajo.)*

CANDIDO El truco de la comedia va a hacer el ridículo. No te va a servir de nada. ¿No opina usted como yo, doctor?

ANDRES En eso, candidista. *(Alfredo saca del ca-*

jón unas cuartillas, que deja sobre la mesa.)

ALFREDO — Pues pronto lo vamos a ver, porque ya está aquí terminada, y esta misma noche haré que la lea. Hace algunos años que me conoces, y creo que nunca me habrás visto hacer el ridículo.

CANDIDO — Hasta ahora, nunca, es verdad. Te he admirado y te admiro sinceramente; pero en esto te equivocas.

ALFREDO — Mañana hablaremos, y se verá quién conoce mejor el corazón de la mujer y estos lances de la vida.

CANDIDO — Pues chico, yo...

ALFREDO — Mañana, mañana. Por hoy, basta de este asunto. *(Se sienta de nuevo y se pone a repasar las cuartillas. Alternativamente, hace gestos de satisfacción y de disgusto. Vacila, las coge y las deja varias veces, y en los momentos en que el diálogo se lo permita, demuestra claramente su honda preocupación.)*

ANDRES — Bueno; pues aprovechando el cambio de tema, allá voy yo con mi encargo, don Cándido.

CANDIDO — *(Con ansiedad.)* ¿Qué? ¿Qué le ha dicho ese hombre?

ANDRES — Un ultimátum.

CANDIDO — ¿Desiste del duelo?

ANDRES — De ningún modo. A menos que usted aceptase una condición.

ALFREDO — ¿Pero aún estás con esas? Pues bátete de una vez, y se acabó.

CANDIDO — Eso es, y se acabó. Vamos, me acabé yo. ¡Pero ca! Yo lo que hago es largarme mañana mismo.

ANDRES — Le advierto a usted, amigo Cándido, que lo de marcharse le va a ser a usted un poco más que difícil.

CANDIDO — ¿Sí?

ANDRES — Sí, porque el señor Presidente del Tiro de Pichón de Cartagena, que ya se maliciaba sus intenciones, le ha comunicado su sospecha [illegible] la civil, que es uno de sus testigos.

CANDIDO — ¿Y qué?

ANDRES — Pues que este oficial, que es inflexible en cuestiones de honor, ha jurado que, de no dar las satisfacciones que se le pidan, usted se ha de batir, de grado o por fuerza, y para evitar su fuga, le ha montado una vigilancia severísima.

CANDIDO — ¿Pero qué dice usted?

ANDRES — Que no da usted un paso sin que le sigan dos números y [illegible] Benemérita.

CANDIDO — *(A Alfredo.)* ¿Pero tú oyes esto?

ALFREDO — ¡Eso es graciosísimo!

CANDIDO — Yo no le veo la gracia. *(A Andrés.)* ¿Pero cómo puede ser?..

ANDRES — Salga, salga usted a la calle y lo comprobará.

CANDIDO — ¡Pero señor mío! ¿Ese tío cafre no comprende que si mi mujer se niega, cómo la voy a llevar de una oreja a que pida perdón a la suya por lo que hizo? ¿Qué voy a hacer? ¿La voy a llevar arrastras? ¡No puedo!

ANDRES — Claro que es sensible.

CANDIDO — No, si no es que lo sienta. Es que no puedo materialmente. ¡Que me exponía a ser yo el arrastrado! ¡Pero don Andrés de mi vida! ¿No habría alguna manera?...

ANDRES — Verá usted. Yo hice presente al señor ese que usted tiene mucho miedo, que usted no tira a nada...

CANDIDO — Yo tiro a marcharme...

ANDRES — Y su adversario de usted, que en medio de todo, no carece de conciencia y le repugna cometer a mansalva un homicidio,

aún propone otro arreglo, pero ésta es ya su última palabra.

CANDIDO Venga.

ANDRES Pues que si su señora se niega en absoluto a ir a implorar el perdón, la castigue usted mismo.

CANDIDO ¡Ah! Perfectamente. ¿La dejo un mes sin postre?

ANDRES No. La condición para desistir del duelo es que usted mismo le administre a su señora una paliza tal...

CANDIDO ¡Pero oiga usttd!...

ANDRES Que la deje en el mismo estado de desfiguración en que ella dejó a la suya. Yo comprobaría, como facultativo, las lesiones en unión de dos testigos que él madará, y si eran satisfactorias...

ALFREDO ¡Ojo por ojo! Eso no está mal.

ALFREDO ¡Pero recuerno! ¿Cómo quiere ese hombre que un cabacero golpee a su mujer?

ANDRES Eso, a su gusto. Con lo que le pille a usted más a mano.

ALFREDO ¡No puede ser! !

ANDRES Pues al desafío.

ALFREDO No, eso nunca.

ANDRES No hay otro remedio.

CANDIDO ¿Pero cómo voy yo?... ¡Que venga él a pegarla!

ALFREDO ¡Bonita solución!

ANDRES Le advierto a usted—y esto es un aparte—que no le estarán demás unos zurríos

CANDIDO Sí, claro, pero... caramba...

ANDRES Y si quiere usted que yo le eche una mano, estoy a su disposición.

CANDIDO ¡Maldita sea!

ANDRES De modo que usted verá lo que hace. O al lance o a la zurra.

CANDIDO Aquí hay que buscar algo.

ANDRES Algo para darle en la cabeza a su señora o disponerse al desafío. No hay más. Ni la

fuga, ya lo sabe usted. Y vaya, señores, que tengo que hacer unas visitas.

ALFREDO — Le acompaño a usted, doctor.
(Deja las cuartillas sobre la mesa y se dirige hacia la izquierda, acompañando a Andrés.)

ANDRES — *(A Cándido.)* Hasta luego. Y ya sabe. O de aquí *(Acción de pegar.)* o de aquí. *(Acción de batirse.)* Porque de aquí *(Acción de escaparse.)* «nequaquam». *(Vanse Andrés y Alfredo, riéndose este último estrepitosamente.)*

CANDIDO — Bueno, y éste lo toma a risa. ¡Claro, como para él los desafíos son como para mí la gimnasia de salón!... ¡Pero yo no!.. ¡Yo qué me he de batir!... ¿Yo?... ¡En seguida!... Ja... ¿Pero si la fuga no es posible, ¿qué hago yo, Virgen de las Angustias?... Tendré que decidirme, porque entre pegar o que me peguen... ¡No hay más remedio!... Me revestiré de valor, cerraré los ojos... y en cuanto la pille distraída... *(Cierra los ojos y empieza a repartir cachetes por la atmósfera.)* ¡Pum... zás... pum... zás... pum!

JUANITA — *(Dentro.)* ¡Pero Cándido!...

CANDIDO — ¡Pobrecilla! ¿Le daré con la mano... o será poco? El primero se lo voy a dar en la nuca, no vaya a ser que se me vuelva.

JUANITA — *(Dentro.)* ¡Pero cándido!...

CANDIDO — Yo lo siento con toda mi alma; pero es un caso de fuerza mayor.

ESCENA VIII

CANDIDO y MILAGROS

MILAGROS — *(Que al indicar Cándido el mutis, aparece por el foro y le detiene.)* ¿No está Alfredo?

CANDIDO — No debe tardar. Salió acompañando al doctor.

MILAGROS — Gracias. *(Va a sentarse junto a la mesa de trabajo.)* La voy a tener que irritar algo antes, porque así, en frío, me es violentísimo... en fin... ¡Sea lo que Dios quiera! *(Vase por la derecha.)*

ESCENA IX

MILAGROS y ALFREDO

MILAGROS — *(Que ve las cuartillas y se pone a examinarlas.)* ¡Ah! ¡Nuestra comedia!... ¿Habrá trabajado *(Las consultas.)* Sí. ¡Y está terminada! *(Intrigadísima, se entrega a la lectura.)*

ALFREDO — *(Por la izquierda, muy preocupado. Se queda en ese término, sin fijarse al principio en Milagros.)* ¡Aún quiere a ese muchacho!... la entrevista que me anuncia el doctor, bien lo demuestra... ¡y yo también la quiero!... ¿pero qué cariño es este mío que no supe decirla frente a frente?... ¿y no será una infamia proponer a esta pobre criatura?... *(Viéndola.)* ¡Ella! *(Queda observando.)*

MILAGROS — *(Leyendo.)* «Escena final. José Luis: Sí, Carmen, esto que tú creías generosidad es amor... es deseo... Si tú también me amas, no pongas condiciones a tu amor; desprecia, como yo, los convencionalismos y las murmuraciones... entrégame tu alma ciegamente. Carmen: ¿Quieres hacerme tu amante? José Luis: Quiero el fuego de tus ojos, y las mieles de tus labios. ¿Qué importa el nombre que a eso se le dé? Carmen: Tienes razón, José Luis. El amor, o no es nada o es locura, ¡y yo estoy loca por tí! Seré lo que tú quieras que sea, pero

¡tuya!... ¡tuya!... y eso me basta. *(Carmen se arroja en los brazos de José Luis. Cae el telón.»*

(Al leer esta escena, Milagros va afectándose gradualmente a medida que comprende su perversa intención, balbuceando las últimas frases y echándose por último, a llorar.)

ALFREDO — *(Corriendo a su lado.)* ¡Milagritos!... ¡Niña!... ¿Pero qué has hecho?

MILAGROS — ¡No se acerque, don Alfredo!... ¡Acabo de tener la decepción más amarga de mi vida!... Pero yo soy la culpable...

ALFREDO — ¡No llores!... ¡Escucha!...

MILAGROS — Yo le he querido a usted, don Alfredo... pero le miraba en alto, ¡muy alto!... Estimaba su generosa protección como un don del cielo... la creía puda y desinteresada... ¡pero tenían razón!

ALFREDO — ¡No! ¡No tenían razón, ni la tienes tú ya, ni has debido leer esto sin consultarme!

MILAGROS — ¡Qué triste es la vida!

ALFREDO — No, Milagritos, no. La vida es luz, color, alegría y cariño. No receles de mí. Esto, que no debiste leer nunca *(Tomando unas cuantas cuartillas.)* no es el final de nuestra comedia, es el borrador de un desenlace provisional que yo escribí, creyéndolo más moderno y de algún efecto teatral; pero como estoy convencido de que es un desatino, que no agradaría al público, mira lo que hago con él. *(Rompe las cuartillas.)*

MILAGROS — Don Alfredo!

ALFREDO — Pero cómo no he de dejarte con esa curiosidad, quiero que sepas cuál es el verdadero desenlace, el más humano, el que ha de conquistarme el aplauso del público, o al menos el de mi conciencia... tú mis-

ma vas a escribirlo... toma la pluma *(Se la da.)* Yo te dictaré.

MILAGROS *(Sin atreverse.)* ¡Don Alfredo!...

ALFREDO ¡A callar y a escribir! Buena letrita, ¿eh? Y a ver esa *(Dictando.)* ortografía.
«José Luis: Diles que mienten, Carmencilla, que te engañaron. Yo no puedo que- / licidad es ese hombre, la mía ha de ser 3
verle a tu lado, cuanto antes, y seguir sien- 4
do para los dos vuestro protector y vues- 5
rer más que lo que tú quieres, y si tu fe- 2
tro hermano. Carmen se arroja en brazos 6
de José Luis y va cayendo el telón.» ¿Qué te parece?

MILAGROS *(Tirando la pluma y arrojándose afectuosamente en brazos de Alfredo.)* ¡Gracias, gracias, don Alfredo! Es usted un hombre excepcional. ¡Qué alegría!

ALFREDO Verdad. Así es la comedia de la vida, que también tiene sus satisfacciones, y la mejor de ellas, la más hermosa, es la de saber encontrar la felicidad, en el papel que nos corresponde [illegible] el de los demás.

MILAGROS ¡Alfredo!...

ALFREDO ¡Bendito el amor de la mujer, que en cualquier modalidad que se nos presente puede sublimizar nuestra vida!
(Se escucha en este momento dentro un gran estruendo de golpes, carreras y lamentos de Juanita.)

MILAGROS *(Asustada.)* ¡Jesús! ¿Qué es eso?

ALFREDO *(Sonriendo.)* ¡Vamos, se decidió!

ESCENA FINAL

DICHOS, ENCARNACION, JUANITA, CANDIDO, PEPITA, ANDRES y BASTIANA

JUANITA — *(Dentro.)* ¡Madre mía! ...¡Ay!... ¡Por Dios, Cándido!... ¡Ay!... *(Sale a escena Juanita huyendo de Cándido, que la persigue. Lleva las ropas y el pelo en desorden.)* ¡Ay, Virgen de la Paloma! ¿Pero qué te he hecho yo?

CANDIDO — *(Dándola todavía algunos empellones.)* ¡Toma, idiota!... ¡Toma!...

JUANITA — ¡Pero Cándido! *(Alfredo y Pepita, que han salido tras ellos, los separan, sujetando a Cándido.)*

CANDIDO — *(Encarándose con Juanita y en tono agresivo.)* ¿Qué pasa en Grecia?

ENCARNACION — *(Entrando presurosa por el foro, seguida de Andrés.)* ¿Pero qué escándalo es éste? *(Viendo el estado lamentable en que se encuentra Juanita, que llora y se esponja las erosiones con un pañuelo.)* ¡Dios mío! *(Se acerca a consolarla.)*

Pepita

ALFREDO — *(Estrechando a hurtadillas la mano de Cándido.)* ¡Enhorabuena!

ANDRES — *(Mirando a Juanita.)* Están en paz. *(Estrechando también a hurtadillas la mano de Cándido.)* ¡Enhorabuena!

CANDIDO — *(A Alfredo y Andrés.)* ¡Me libré del desafío! Se me ha dislocado una muñeca, pero se salvó el honor.

ENCARNACION — ¡Esto es una infamia!

PEPITA — ¡Y una vergüenza! En una casa extraña... ¡pegar a su mujer!... está visto... no po-

déis seguir así... puesto que no congeniáis, os separáis y en paz.

JUANITA — *(Separando violentamente a todos los que la rodean y corriendo a abarzar a Cándido.)* ¿Separarme yo de mi Cándido? ¡Y ahora, que ya he visto lo que me quiere! Porque esto es cariño, sí, señor. ¡Cielo! ¡Pégame más!... Te doy un beso por cada chichón.

CANDIDO — *(Aparte.)* ¿A que voy a salir perdiendo con no haberme batido?

SEBASTIANA — *(Que entra con un telegrama en la mano y lo entrega a Andrés.)* Este telegrama que mandan de su casa de usté.

ALFREDO — Sebastiana. Sal al jardín, y a un caballero que se estará paseando delante de la puerta, dile que entre. *(Vase Sebastiana.)*

JUANITA — *(A Pepita.)* Ya verás. Los termómetros.

ANDRES — *(Leyendo aparte el telegrama.)* «Recibidas novedades *(Sonríe complacido.)* pistolas y garrotes.» *(Queda muy serio repentinamente.)* ¡Caray! *(Continuando la lectura.)* «Enterado atrevimiento que tuviste último viaje con mi mujer. Disfrutas campeonato poca vergüenza. Salgo para esa, tener gusto romperte bautismo. Afectuosos recuerdos. Mariano.»

JUANITA — *(Arrancándole de las manos el telegrama.)* ¡Esto es lo que quería yo entregar a su mujer!

ANDRES — ¡Pero señora!...

CANDIDO — ¡Juanita!

JUANITA — ¿Qué quieres, monín?

CANDIDO — *(Severamente.)* ¡Devuelve eso al doctor!

JUANITA — *(Humilde.)* ¿Me lo mandas tú?

CANDIDO — ¡Sí!

JUANITA — ¡Basta! *(Le devuelve el telegrama a Andrés.)*

CANDIDO — ¡Qué bien sabe esto de mandar, hombre!

ENCARNACION (*A Alfredo.*) Bueno, ¿quiere usted explicarme?...

ALFREDO En seguida. Por el momento, voy a tener el honor de pedir la mano de Milagritos para el hombre a quien ella quiere. Y sepa usted, señora, que gracias a esta criatura he encontrado solución a la escena más difícil de la comedia que estaba escribiendo: «La escena final».

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Joaquín Abati

Monólogos

Causa criminal (de actor).—*La buena crianza o Tratado de urbanidad* (ídem).—*Un hospital* (ídem).—*Las cien doncellas* (ídem).—*La cocinera* (de actriz)*.—*El Himeneo* (ídem).—*El Conde Sisebuto* (ídem)*.—*El début de la chica* (ídem).—*La pata de gallo* (ídem).

Comedias en un acto

Entre Doctores.—Azucena.—Ciertos son los toros.—Condenado en costas .—El otro mundo.—La conquista de Méjico.—Los litigantes.—La enredadera.—De la China.—Aquilino Primero.—El intérprete.—El aire.—Los vecinos.—Café solo.—La mañana de la mañica.*

Comedias en dos actos

Doña Juanita.—Los niños.—Tortosa y Soler (R.).—*El 30 de Infantería* (R.).—*El Paraíso.—La mar salada.—La gallina de los huevos de oro* (magia).—*La bendición de Dios. Mi querido Pepe.—La gentil Mariana.—Jesús, María y José. Las lágrimas de la Trini.*

Comedias en tres o mas actos

Tortosa y Soler.—Los hijos artificiales.—Fuente tónica.—Alsina y Ripoll.—El 30 de Infantería.—Los reyes del tocino* (firmada con seudónimo).—*El gran tacaño.—Los perros de presa.—Genio y figura.—La alegría de vivir.—La divina providencia.—El premio Nobel.—El orgullo de Albacete.—El cabeza de familia.—La piqueta.—El tren rápido.—El infierno.—El río de oro.—El viaje del rey.—Ramuncho.—Las grandes fortunas.—No te ofendas, Beatriz.*

Zarzuelas en un acto

Los besugos.—Los amarillos.—El tesoro del estómago.—Lucha de clases.—Las venecianas (la música).—*Tierra por medio.—El Código penal.—Tres estrellas.—El trébol.—La taza de the.—El aire* (R.).—*La hostería del laurel.—Mayo florido.—Los hombres alegres.—¡Mea culpa!—La partida de la porra.—El verbo amar.—El potro salvaje.—España Nueva.—El dichoso verano.—Sierra Morena.—Las alegres colegialas.*

Zarzuelas en dos actos

El asombro de Damasco.—Baldomero Pachón.—La corte de Risalia.—El conde de Lavapiés.

Zarzuelas y operetas en tres o mas actos

La mulata.—La Marcha Real .—Los viajes de Gulliver. El sueño de un vals.—La viuda alegre.—El velón de Lucena.—La mujer artificial.*

Las obras marcadas con asterisco, o no se han impreso, o están agotadas.—Las marcadas con (R.) son refundiciones.

Obras de José de Lucio

El Niño de Triana, zarzuela en un acto, en colaboración con Antonio López Monís. Música de los maestros Mateos y Hernández.

El punto de mira, humorada sainetesca en un acto, en colaboración con Enrique García Alvarez, música del maestro Alonso.

La chapuza del sofá, entremés.

La escena final, comedia en tres actos, en colaboración con Joaquín Abati.

Precio: 3,50 pesetas.